

NERVO, AMADO (1870 – 1919)

LA AMADA INMÓVIL
Versos a una dama muerta

ÍNDICE

En memoria de Ana

Ofertorio

Pensamientos afines

Prólogo

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

Pensamientos afines (II)

I ¿Llorar? ¿Por qué?

II más yo que yo mismo

III Gratia plena

IV ¡Puella mea!

V Su trenza

VI Escamoteo

VII ¿Qué más me da?

VIII ¡Quién sabe por qué!

IX Mi secreto

X Metafisiqueos

XI Unidad

Pensamientos afines (III)

I El fantasma soy yo

II Tres meses

III Hugueana

- IV Cuando Dios lo quiera
- V Le trou noir
- VI Todo inútil
- VII ¡Cómo sera!

Pensamientos afines (IV)

- I La cita
- II Nadie conoce el bien
- III Reparación
- IV ¡Cómo callan los muertos!
- V Me besaba mucho
- VI Aquel olor
- VII Hélas
- VIII Regnun tuum
- IX Nearer to thee

Pensamientos afines (V)

- I Este libro
- II Ya todo es posible
- III Esperanza
- IV El resto ¡qué es!
- V Nihil novum
- VI Por miedo
- VII ¡Cuántos desiertos interiores!
- VIII Eso me basta
- IX ¡Qué bien están los muertos!
- X Bon soir...

Pensamientos afines (VI)

- I Soneto
- II Bendición a Francia
- III Seis meses
- IV Piedad
- V Pobrecita mía
- VI Los muertos mandan
- VII Lejanía
- VIII Huelga de células
- IX ...Pero te amo
- X Vivir sin tus caricias

Pensamientos afines (VII)

- I Por la selva
- II El viaje
- III Sin rumbo
- IV Después
- V ¡oh muerte!
- VI Alquimia
- VII Diálogo
- VIII Tal vez
- IX Lux perpetua

Pensamientos afines (VIII)

- I Un signo
- II ¿Por qué?
- III Eternidad
- IV El encuentro
- V Impaciencia
- VI Dilema
- VII 7 de Noviembre
- VIII La santidad de la muerte

Pensamientos afines (IX)

- I Impotencia
- II Bendita
- III Al encontrar unos frascos de esencia
- IV Señuelo
- V Yo no debo irme
- VI Resurrección
- VII ¡Reyes!
- VIII Hasta muriéndome
- IX ¡Qué importa!
- X Vivir sin tus caricias

Pensamientos afines (X)

- I Bienaventurados
- II Quedamente
- III El que más ama
- IV ¡Si pudiera ser hoy!
- V Perdón

Pensamientos afines (XI)

- I La aparición
- II Tanatófila
- III Restitución
- IV Buscando
- V Indestructible
- VI La bella del bosque durmiente
- VII E dov' é ella? Subito diss'io
- VIII Los muertos
- IX Solo tú
- X benedicta
- XI No lo sé
- XII El celaje

OFERTORIO

Deus dedid, Deus abstulit

Dios mío, yo te ofrezco mi dolor.
¡Es todo lo que puedo ya ofrecerte!
Tú me diste un amor, un solo amor,
¡un gran amor!
Me lo robó la muerte
...y no me queda más que mi dolor.
Acéptalo, Señor:
¡Es todo lo que puedo ya ofrecerte!...

PENSAMENTOS AFINES

Yo no soy más que arcilla sin valor..., pero viví algún tiempo con la rosa.

SAADI.

Un esprit vêtu de noir guide nos pas: c'est la Douleur!

LEÓN DENIS.

Noir chevalier masqué que chevauche en silence, la Douleur a percé mon vieux coeur de sa lance.

PAUL VERLAINE.

Il faut s'habituer à tout dans la vie: même à l'Eternité.

G. LEVRUX.

Todos los hombres desean únicamente librarse de la muerte; pero no saben librarse de la vida.

LAO-TSE, TAO-TE-KING.

Somos tan pequeños como nuestra dicha..., sí, pero somos tan grandes como nuestro dolor.

HERREL.

*La mort a des rigneurs à nulle autre pareilles.
On a beau la prier,
la cruelle qu'elle est se bouche les oreilles
et nous laisse crier.*

MALHERBE.

Nous sommes plongés dans un invisible milieu spirituel, d'où une aide nous vient, notre âme ne faisant mystérieusement qu'un avec une âme plus grande dont nous sommes les instruments.

PRÓLOGO

I

Creí que *Serenidad* sería mi último libro de versos, y así lo afirmé a un amigo. Esta afirmación me perdió, porque la vida no gusta de que le tracen caminos, y el arcano burla los propósitos de los hombres. He vuelto, pues, a componer poemas. Un nuevo dolor, el más formidable de mi vida, los ha dictado, y sollozo a sollozo, lágrima a lágrima, formaron al fin el collar de obsidiana de estas rimas, que cronológicamente siguen a las de *Serenidad*.

¡Serenidad! Pensé que la madurez de la vida iba a llegar a esa altiplanicie desde la cual dominamos los acontecimientos, vemos pasar la caravana de trivialidades y miserias terrestres y sonreímos piadosamente «del Circo de las Civilizaciones». Pensé que si hasta entonces mi vida había sido conturbada e inquieta, el hondo deseo de ser sereno y el tesón en expresarlo acabarían por serenarme de veras, haciéndome adquirir por fin el más precioso de los dones que he ansiado en la turbulencia y la amargura de mis días: la Ecuanimidad.

Complacíame en el viejo símil de la montaña: arriba, nieve, el inmutable firmamento sin límites; abajo, nubes, tormentas, ciclones, torrentes bravíos, árboles desgajados... ¡Pobre superhombre! La mano de Dios se abatió sobre mí, y en un instante el alma himalayesca, cobijada por el azul, no fue más que un pobre guiñapo sangriento, convulso y sollozante.

Tenía yo un cariño, uno solo, ornamento de mi soledad, alivio de mi melancolía, flor de mi heredad modesta, dignidad de mi retiro, lamparita santa y dulce de mis tinieblas, y en unos cuantos días, ante mis ojos despavoridos, ante mi amor estupefacto, se me fue de la vida, dejándome de tal manera atónito frente a la realidad, que necesito cogerme la cabeza entre las manos febriles y apretármela como entre dos tenazas para convencerme de que es *verdad* lo que *sé*, lo que pienso, lo que me pasa; que no se trata de una macabra prestidigitación, de un espantoso escamoteo, y de que todo lo que amé se ha desvanecido *de veras* y se ha vuelto fantasma.

Va a hacer un mes, un mes solamente, y, sin embargo, en esos treinta días, en esos treinta relámpagos he llorado más lágrimas que estrellas visibles tiene la noche.

II

Páginas escritas en los últimos días de enero y primeros días de febrero de 1912.

Va a hacer un mes, y en esos treinta relámpagos he acumulado tal cantidad de dolor, que me parece que todos mis males pasados y que todos mis males posibles se dieron cita para invadir y llenar mi espíritu, a fin de que no quedase en él un solo hueco que no fuese angustia.

Va a hacer un mes que, a las doce y cuarto del día, se extinguió blandamente Ana Cecilia Luisa Dailliez, mujer excepcional por su gracia, su bondad y la persistencia extraordinaria de su ternura, a quien conocí en París en una noche en que mi alma estaba muy sola y muy triste, la noche del 31 de agosto de 1901, y con quien viví desde entonces en la más cordial y noble de las compañías hasta el 7 de enero de 1912, en que murió en mis brazos.

Esta muerte ha sido la amputación más dolorosa de mí mismo. Un hacha invisible me ha dado un hachazo en mitad del corazón. Los pedazos de la entraña quedaron allí trémulos, entre borbotones de sangre. Luego uno de ellos fue arrebatado por el brazo omnipotente de la muerte, y el otro, el otro, mísero, siguió latiendo, latiendo... La tremenda rudeza del golpe no pudo apagar el ritmo de la vida... Siguió latiendo, sí, la triste entraña mutilada; siguió latiendo entre los coágulos oscuros, y late todavía.

Veintiún días duró la enfermedad de Ana; veintiún días que fueron necesarios para poder clavarme en la conciencia la convicción de que iba a morir. Esta convicción era de tal suerte desmesurada para mis fuerzas, que hoy mismo, a pesar de todas las evidencias, me rebelo a veces contra ella, y entonces a mi soledad se une la más impotente de las desesperaciones.

El domingo, 17 de diciembre, la dulce y adorable compañerita de mi vida volvió a casa herida ya por el terrible bacilo de la fiebre tifoidea. El lunes empezó a sentirse mal; el jueves, 21, se encaminó definitivamente y comenzó su calvario hasta el 3 de enero, en que, perdida la lucidez, fue cayendo, apaciblemente recostada sobre el almohadón blandísimo de la inconsciencia, en el seno insondable de la muerte.

Yo la velé todas las noches, con excepción de algunos ratos de imprescindible pero inquieto reposo, que quizá no sumaron en las veintiuna jornadas el espacio de diez horas. Mis días se pasaban en la obscuridad de la alcoba, al lado del lecho, espionando su

respiración, aguzando mis ojos para ver los suyos, entrecerrados apenas o abiertos en la sombra. Esa perenne y angustiosa vigilia sólo alternaba con un tormento indecible: el de ir tarde por tarde a mis quehaceres, a despachar, imprescindiblemente, los múltiples asuntos de mi incumbencia.

Como aquel nuestro cariño inmenso no estaba sancionado por ninguna ley; como ningún sacerdote nos había recitado maquinalmente, uniendo nuestras manos, algunas frases latinas; como ningún juez civil nos había gangueado algunos artículos del Código, no teníamos el derecho de amarnos a la luz del día, y nos habíamos amado en la penumbra de un siglo y de una intimidad tales, que casi nadie en el mundo sabía nuestro secreto. Aparentemente, yo vivía solo, y muy raro debió ser el amigo cuya perspicacia adivinara, al visitarme, que allí, a dos pasos de él, latía por mí, por mí solo, el corazón más noble, más desinteresado y más afectuoso de la tierra.

Pocas veces, muy pocas, salíamos juntos, evitando las arterias febriles de la metrópoli, donde mi relativa popularidad podía prepararme sorpresas. En cambio, en ciertos viajes nos desquitábamos ampliamente, y, brazo con brazo, enredadas las diestras con una ternura que tenía mucho de fraternal, nos dedicábamos a ese *flaneo* deleitable de París, de Londres, de Bruselas, buscando el *bibelot* gracioso, deteniéndonos ante el deslumbramiento de los escaparates, refugiándonos en los íntimos y perfumados rincones de los restaurantes, donde los *gourmets* de buena cepa, como nosotros, compensaban tantas acritudes de la vida...

Pero tal persistente secreto fue mi tortura persistente también, y en los días de la enfermedad de mi Ana esta tortura llegó a su máximo. A las tres de la tarde, a las tres y media a lo sumo, era preciso dejar a la idolatrada enferma y partir. Eran días aquellos de un trabajo incesante. Tenía yo entre manos innumerables asuntos diversos. Acudían, además, las visitas a todas horas. Y mientras el amor de mis amores se agitaba presa de la fiebre en su lecho, yo, a tres kilómetros de mi casa, hacía sumas, multiplicaciones y divisiones, redactaba notas, sonreía a los diversos visitantes, respondía a consultas de toda índole e inventaba todos los días una nueva mentira para escapar a las invitaciones, para despistar la curiosidad en acecho de los íntimos, sustraerme a su torturadora compañía, y correr, volar entre la multitud atareada, entre el enmadejamiento de tranvías y automóviles, a mi habitación, subir con ansias de muerte las escaleras, llamar directamente para que el sonido brusco de la campanilla no alarmase a mi doliente idolatrada, y preguntar con voz temblorosa a quien me abría:

—¿Cómo sigue? ¿Cómo sigue?

Si debe creerse que nuestra existencia es una expiación de yerros anteriores, sabe Dios que yo expié en esas horas muchas faltas de otras vidas, o de esta mi pobre vida incoherente y mediocre, en la que ni siquiera ha habido un gran pecado, porque su magnitud no rimaba con mi alma, tipo aun de evoluciones intermedias.

Por fin, un día ya fue imposible el fingimiento, y, a pesar de que mi enfermita me insinuaba: «No le digas nada, *mon mignon*... ¡Para qué!» yo dejé caer en manos de mi «superior inmediato» (los diplomáticos, ¡ay!, no somos más que unos animales jerárquicos) mi ingenuo secreto de tantos años, para tener el derecho de escapar de la Cancillería en cuanto lo esencial había terminado, y de estar una hora antes a la cabecera del alma de mi alma, que se me moría!

III

Una noche en que su sufrimiento era muy intenso y en que, abandonados, al parecer, de Dios y de los hombres, yo sollozaba al borde del lecho, mientras ella se retorció de angustia, le dije, aprovechando la pequeña tregua de su alivio: «Rica mía, óyeme: es preciso que tengas la voluntad de vivir». Hazte una resolución poderosa. Di: «¡Quiero vivir, quiero vivir!» (*Je veux vivre!*) Me acordaba quizá de la frase de lord Bacon de Verulan, citada por Poe: «El hombre no se rinde ni a los ángeles ni a la muerte sino por el achaque de su propia voluntad».

La pobrecita mía me respondió: «*Oui, mon mignon, oui...*» Pero ¡todo en vano! Dios había hecho ya un signo a la muerte, y el ser más amado de mi existencia, el gran cariño de más de diez años, se me hundía, ¡se me hundía irrevocablemente en la eternidad!

La perspectiva de su muerte había despertado siempre en mí un pánico tal, que en estos dos lustros, yo, que a pesar de todo he permanecido espiritualista; yo, que desligado de fórmulas y recetas religiosas he amado a Dios y a Cristo en *espíritu y en verdad*, casi no tuve en la mente más que esta oración, vuelta ya a modo de jaculatoria:

«¡Señor, haz que muera yo antes que ella!»

Y con tal fervor la había repetido, que estaba seguro de haber sido escuchado. Así, pues, mi desorientación, a medida que la gravedad se extremaba, era inmensa. Más de tres veces se leen en el Evangelio estas palabras de Jesús: «En verdad, en verdad os digo que todo lo que pidieris al Padre, en mi nombre, os será concedido». Y cuando mi perpetua súplica salía de mi corazón, tenía yo cuidado de añadir: «Te lo pido, Señor, en nombre de Cristo, que nos dijo: Todo lo que pidieris al Padre, etc.»

En los últimos días, mi oración se iba volviendo imperiosa. ¡Creía yo tener el derecho de que se me oyese! Se trataba de la promesa del ser más puro, más luminoso y más grande que había pasado por la tierra. Era asunto de dignidad divina. Dios no podía dejar de cumplir la palabra del espíritu que más le ha amado y se le ha acercado más en la sucesión de los siglos: «En verdad os digo que todo lo que pidieris al Padre, en mi nombre, os será concedido».

¡Y no fue así!

Nadie ha orado con más fervor que yo, y nadie quizás, en diez años, ha recordado con tal energía a la Causa de las causas la promesa del Hijo del Hombre.

La última noche de mi Anita, mi jaculatoria y la exigencia de la promesa que hay en ella fueron de una exasperación bronca, violenta. Me encaraba yo locamente con lo Desconocido, y le exigía que hiciese honor al compromiso de Cristo.

Uno de los médicos de cabecera, llamado violentamente a eso de las ocho, me había dicho: *C'est fini*, y después: «Pero vamos a rendir la jornada de la muerte. Vamos a hacerle vivir artificialmente ocho o diez horas, a fin de ver si la naturaleza se aprovecha de ellas, intenta un nuevo esfuerzo y la salva. Sólo que —había añadido— no abrigue usted esperanzas... Son tan lejanas, tan lejanas...»

Yo acepté; ¡qué había de hacer! Sabía, por otra parte, que las inyecciones no iban a hacerla sufrir, gracias a su bendita inconsciencia de tres días.

Y se le inyectó aceite alcanforado, cafeína, ¡qué se yo! Y se le dio café negro con esencia de canela y de clavo, y se la galvanizó así en modo tal, que debiendo morir a las nueve de la noche, a juzgar por su aplanamiento, murió al día siguiente, a las doce y

cuarto del día. Y durante esas horas, en que a cada inyección sucedía una resurrección momentánea, como aquellas del horrible cuento de Poe, yo, atrozmente balanceado entre el desaliento y la esperanza, no cesaba de clamar de alma a alma, de la mía, mísera y mezquina, al alma eterna de Dios:

—Señor, te lo ruego en nombre de Cristo, que nos dijo: «En verdad, en verdad, todo lo que pidieréis al Padre, en mi nombre, os será concedido.»

IV

Tres o cuatro días antes de sentirse enferma, mi adorada tuvo un presentimiento, raro en su carácter. «Esta tarde —me dijo—, al volver a casa, se me ocurrió de pronto que debía indicarte una cosa. Si me muero, en el tercer cajón de mi cómoda, en una cajita circular, está la llave de mi *secrétaire*, en el cual se hallan mis papeles. No sé por qué se me ocurrió esto, y pensé: Toma, ¡si se lo dijese a Amado!»

Yo sentí una como onda de hielo en el corazón... pero, no queriendo dar consistencia a su idea, le respondí: «Yo también te recuerdo que en el mueble tal, en el cajón que tú sabes, está mi testamento». Como de ordinario, cuando hacía yo alusión a mi muerte, ella exclamó exaltada: «Por Dios, no hablemos de esto».

Y ya no hablamos más aquel día.

Pero, a pesar de la oleada de hielo en las entrañas, pensé que nada debía yo temer, que el hombre que perennemente había orado para que se le concediese morir antes que ella no podía morir después. Y las palabras mágicas, la promesa de Jesús, me invadió el alma con su certidumbre consoladora:

—«En verdad, en verdad os digo que todo lo que pidieréis al Padre, en mi nombre, os será concedido.»

*

¿Inutilidad de la plegaria? ¡Sí, inutilidad de la plegaria! ¡Oh! almas que aun creéis, como cree *aún* mi alma; la plegaria es nula e indica una concepción infantil, y hasta ofensiva, del principio eterno que nos rige.

Pues qué, ¿esa inteligencia infinitamente lúcida, previsor, lógica, para la cual no existe limitación ninguna de espacio y de tiempo, a quien achicamos con sólo darle nombre; ese ser inconmensurable que ha ordenado, para fines de Él sólo conocidos, todos los universos, va a torcer sus designios porque un pobre espíritu conturbado de hijo, de esposo o de padre, le pide que los tuerza?

El corazón nace con una potencialidad determinada para latir, y no dará un latido más de los millones que constituyen su rendimiento vital, aunque os pongáis a verter todas vuestras lágrimas y exhalar todas vuestras oraciones. Lo que sucede debe suceder y está bien que así suceda. Los designios de Dios se patentizan en los hechos inevitables, y todo lo inevitable es bueno. «Un hecho tan universal como la muerte debe ser un gran beneficio» —dijo Schiller—. La única plegaria posible es, por lo tanto, la que nos enseñó Jesús desde la montaña, en una tarde misteriosa de otros siglos: «¡Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo!»

Sí, la petición es inútil; pero no lo es la oración. El alma humana debe elevarse hasta una serena y constante contemplación del Arcano. La vida por excelencia es la del hombre cuyas actividades diarias se emplean en el bien y cuya mente superior, cima espiritual, está en perfecto contacto con lo invisible. Hay que orar, sí, para reunirse a lo Increado; pero es fuerza no pedir mercedes de esas que Jesús nos dijo que se nos darían por añadidura.

Fuerza es orar, sí, porque por remota que supongamos a la inteligencia creadora, inteligencia es, alma es de la esencia misma de la nuestra, y el ímpetu y el pensamiento de un alma llegarían siempre a otra alma. No hay distancia a través de la cual dos almas no puedan tender un puente. Tendámoslo por la contemplación entre nosotros a Dios; pero jamás pidamos nada. Nuestro destino es inflexible como la mano que nos lleva a través del abismo.

V

Nuestro destino es inflexible, sí, y su inflexibilidad es el signo por excelencia de su divinidad. Un destino sesgo, poligonal, que fuese torciéndose a cada paso por efecto de nuestras plegarias, sería indigno de nuestro acatamiento y merecedor de nuestro desprecio. Dios no puede tener piedad, porque ésta supondría una regresión en la voluntad increada, algo como una rectificación, como un arrepentimiento.

Mi lógica concibe todo esto... y, sin embargo, noche a noche, llena el alma de una angustia encrespada, de los huesos, pido a Dios que me restituya a mi Ana.

¿En qué forma puede restituírmela? Ya han pasado más de dos mil años desde que Jesús dijo a Lázaro: «Ven fuera», y exclamó de la hija de Jairo: «No está muerta, es que duerme».

No hay más que dos formas de restitución: o que ella venga a mí espiritualmente, o que yo vaya a ella por el gran camino, por el camino real de la muerte. Con respecto al primer modo, centenares de miles de hombres pretenden conversar con los muertos, penetrar en el plano astral donde viven, verlos y seguirlos en sus evoluciones.

Según ellos, los muertos nos rodean. No están ausentes, sino invisibles, como dijo Hugo... Pero nosotros, a menos de tener desarrollado este sexto sentido de la visión subconsciente, de la evidencia, no podemos verlos... Acaso, como dice Maeterlinck «continúan viviendo alrededor de nosotros; pero no logran, a pesar de sus esfuerzos, hacerse reconocer ni darnos una idea de su presencia, *porque no tenemos el órgano necesario para percibirlos...*» Sólo los muertos pueden ver a los muertos...

Según William T. Stead, entre los muertos hay tanto escepticismo acerca de la posibilidad de comunicar con los vivos como lo hay entre los vivos acerca de la posibilidad de comunicar con los muertos. Unos y otros comprendemos que entre ambos se extiende un mar de misterio...

Sólo que los cientos de miles de hombres de que hablaba yo antes pretenden haber franqueado ese mar en una nave mágica que se llama clarividencia, visión astral, y con timoneles enigmáticos que se llaman mediums o adeptos. El propio Stead exclama «He visto, y por eso creo. He visto a mi hijo materializarse ante mis ojos...» Y el eminente Lealcatel, basado en experimentos personales, nos afirma que la muerte no existe.

Ahora bien, a mí me ha sido hasta hoy negada toda videncia. Lo que cientos de miles de hombres pretenden haber visto yo no lo vi jamás. Y, sin embargo, aunque soy pequeño entre los pequeños, aunque constituyo un tipo de evolución media, difícil ha de ser hallar en el mundo un hombre que con más encarnizamiento haya tocado a la puerta de acero del misterio, que se endereza imponente en la montaña, en medio de la noche. El aldabón resuena en las tinieblas, con sonoridades pavorosas: ¡pero nadie me responde!

Todos los anhelos de mi vida han volado hacia el Arcano. He podido ser vicioso, mediocre, malo...; pero en mi espíritu ha habido siempre un aleteo, un verberar ansioso hacia lo Desconocido. Siempre he creído en Dios, no en el Dios antropomorfo de las religiones, sino en la incomprensible Causa de las causas, y ciertamente por esa fe, que si ha podido padecer eclipses, porque soy hombre no más, han sido eclipses momentáneos, yo merecería quizá que ahora, en que he perdido el único bien que tenía en la vida, la pupila interior que todos tenemos en germen se abriese y ¡por fin! mirase el más allá, el *border-land* de los ingleses, el plano superfísico en que *vive* una vida más amplia que la mía *mi muerta*, mi muerta adorada, que acaso revolotea en torno mío, con la angustia de que no percibo ni sus palabras de consuelo ni sus divinos besos impalpables!.

«Extraño espectáculo —dice «Julia» en sus *Cartas*—. De vuestro lado, almas llenas de angustia por los muertos; del *nuestro*, almas llenas de tristeza porque no pueden comunicarse con los que aman... ¿Qué podríamos hacer para unir a esas personas tristes, abrumadas de pena?»

En cierta ocasión ella me dijo: «Anoche soñé que estaba muerta y que tú llorabas sin consuelo cerca de mí cadáver. Pero yo continuaba viviendo, yo me hallaba a tu lado y te decía: ¡No llores! aquí estoy. Mírame... Sólo que tú no me mirabas y seguías llorando».

¿Será ésta, Dios mío, la maravillosa realidad presente? ¿Fue verdad su sueño? ¿Se halla a mi lado y yo no la veo, porque inexorablemente se niega a abrirse mi pupila interior?

Muerta mía, muerta mía, ¿no me ha de quedar, pues, más vehículo para comunicarme contigo que el de mi propio cuerpo, que convulsivamente se agita con mis sollozos? ¡Ven, mira con mis ojos la soledad infinitamente hosca de mi vida! Gusta con mi boca la salsedumbre de mis lágrimas. Haz el bien con mis pobres manos que se enclavijan o agitan en las tinieblas. Marcha con mis pies, en pos de todas las desgracias, para socorrerlas; conmuévete con mi corazón de todos los dolores humanos; logra que mi vida sea una continuación de la tuya... No te estorbará mi espíritu para infundir el tuyo en mi cerebro. ¿No eres por ventura *más que yo mismo*? ¡Realizaremos, pues, así el ensueño de dos almas en un solo cuerpo!

Swedenborg, en su tratado de las Delicias de la Sabiduría Angélica, sobre el amor conyugal, dice: «Y he aquí que en aquel instante apareció un carro que bajaba del cielo supremo o tercer cielo; en ese carro se veía un solo ángel; pero, al aproximarse, se vio que eran dos...»

*

Mas hablemos del segundo modo de que ella me sea restituida, que es el de ir a buscarla, por el camino real de la muerte. Cuando yacía en su ataúd negro, rodeada de cirios, cubierta de flores, mostrando esa

sonrisa prodigiosa de serenidad con que sonríen algunos muertos, yo experimenté, y lo he experimentado después con gran vehemencia, el deseo de matarme, lo que los portugueses llaman con tanto acierto «a vontade da morrer...»

Remi de Gourmont, en su libro deliciosamente escéptico, *Una noche en el Luxemburgo*, pone impiamente en boca de Cristo esta defensa del suicidio: «El suicidio es un monstruo que deberíamos acostumbrarnos a mirar con calma. Comparado a ciertos males físicos, a ciertos dolores, a ciertos infortunios, se nos mostraría pronto como un amigo muy feo, pero muy cordial. ¿No merece acaso los nombres más dulces? ¿No es el consolador? ¿No es la manumisión?»

Dentro de mí, *alguien* defendía también el acto aniquilador en parecidos términos; pero... ¡tuve miedo!, miedo de que, según tantas lecturas pretenden, mi voluntaria destrucción me apartase para siempre del objeto adorado, en cuya busca justamente quería ir.

Varias veces acaricié la «cacha» de mi *browning*, un verdadero juguete, construido en Bélgica, que automáticamente podía disparar en mi sien seis balas blindadas, como otras tantas llaves para abrir las puertas del *au delà*... ¡Pero me asustó, no la aprensión vulgar de la muerte, sino el horror de una ausencia todavía más terrible infligida por castigo, y junto a la cual nada significa este relámpago, esta ilusión, esta fantasmagoría de la vida, tras de la que Ana me aguarda, quizá, de *par en par* abiertos los amorosos brazos invisibles!

«¡Desgraciado —exclamó la Espírita de Théophile Gautier, estrechando *contra su corazón de fantasma* a Guido, que iba a suicidarse—. ¡No hagas eso! ¡No te mates por unirte a mí! ¡Tu muerte así provocada, nos separaría sin esperanza, y abriría entre nosotros abismos que millones de años no bastarían a franquear! ¡Vuelve en ti! Soporta la vida, que, por larga que sea, no dura más que la caída de un grano de arena... Para soportar el tiempo, piensa en la eternidad, en que podremos amarnos siempre».

Y he aquí cómo inveteradas ideas espiritualistas, que desde mi infancia anclaron en el alma, ahondadas por tantas lecturas, me han impedido la muerte; gracias a ellas... ¡ni puedo vivir ni puedo morir!

VI

El tormento empero de esta mutilación, de esta cirugía brutal de la muerte, no consiste para mí, precisamente, en la separación, en el dolor atroz que trae aparejado; consiste, sobre todo, en una idea irremovible, indesechable, que pesa sobre mi corazón y gravita sobre mi alma despiadadamente: la idea de que la vida, en cuyos brazos no somos más que míseras briznas de heno, ha de recobrar por fuerza sus fueros y me ha de traer por fuerza el olvido. Esta idea me es tan intolerable, que me hace desear fervorosa, apasionadamente la muerte. En las cartas de pésame, en las palabras de consuelo de los amigos, esta idea horrible, hija de la milenaria experiencia de los hombres, se encuentra a cada paso. «Ya se resignará usted. Ya olvidará usted. Ya se tranquilizará usted. Ello es inevitable. Nadie escapa a ese leteo...» ¡Nadie! ¡Nadie! El dolor posee las mismas leyes rítmicas que el movimiento, y como un péndulo cuya oscilación disminuye de amplitud,

la excitación de la angustia se apacigua y se cambia en una especie de apatía, como enseñan las metafísicas.

Y mis entrañas sangran al oírles y al leerles, y experimento inefable angustia, porque yo también sé que, irrevocablemente, tengo que consolarme; que ni siquiera, alma mediocre, mesócrata mezquino, puedo aspirar al privilegio de llorar, mientras viva, a mi muerta... ¡a menos que viva poco! Esta fatalidad del consuelo me es más odiosa que la fatalidad de la tortura, porque el dolor ennoblece (*La douleur c'est la noblesse unique*) y el consuelo, la alegría, son bellacos. En los brazos invisibles de ese gigante que parece sombrío y que es luminoso: el dolor, me he sentido un poquito dignificado. Desde que mi Ana cayó estrujada por la fiebre, he crecido. Mi talla moral ha ganado algunos centímetros. *¿Y he de volver a achicarme?* ¿He de volver a sonreír y a decir frases sonoras en las triviales asambleas de los hombres? ¿Han de absorberme otra vez las tareas burocráticas? ¿He de vestirme y desvestirme el frac para hacer reverencias y distribuir sonrisas en los salones mundanos? Y el freno que hoy he puesto a mi deseo, al impulso incontrarrestable de la vida, ¿ha de romperse? ¿Y he de buscar a la hembra? — ¡yo que tenía a mi lado a la mujer casi perfecta, llena de una dignidad amable y de una altivez graciosa; a la mujer solícita, que me envolvía, me penetraba, me saturaba de su ternura!...

—¡Oh!, que aquellos cuya alma delicada haya pasado por la amargura de estos pensamientos, se conduelan de mi mal. El destino nos dice: —Pobre criatura; ni siquiera te es dado sufrir perennemente; ni siquiera eres capaz de llorar toda una vida! ¡Para sufrir *siempre* se necesitan almas elegidas! La tuya no es de su temple. Yo quiero que vivas, aunque tú no lo quieras. Eso es asunto mío. ¿Qué me importan a mí tus ideologías! ¿Acaso no eres carne? Pues a comer, a reír, a buscar a *la hembra placentera...* y a llorar a veces, sí, pero por otras cosas. ¿Que estas cosas serán menos nobles que lo que ahora te penetra y te domina? ¡Y a mí qué! No es humano morar en excelsitudes espirituales como las que sueñas... Hay que bajar, hay que descender a las capas inferiores a que te arrastra tu densidad espiritual.

¡Ah!, yo soñé con que mi Ana me acompañase hasta la vejez. Pensé que, en un porvenir indefinido, uno de los dos (probablemente yo) habría de irse primero, pero diciendo al otro: —Mira, es forzoso que en esta estación tome yo el tren para el destino común, para la ciudad serena, adonde vamos... Tú seguirás aún un poco, hasta la estación inmediata, y allí tomarás el tren a tu vez, y nos encontraremos en la ciudad dentro de poco. ¡Allí te espero!

Mas partir ella así, en plena juventud, y dejarme a los cuarenta y un años, solo, en una estación, quizá muy lejana de aquella donde yo debo emprender el definitivo viaje...

A menos que... Sí; a menos que la misericordia de Dios luzca al fin sobre mi cabeza, y el Destino haga otro signo a la muerte...

¡Oh, amigo, que quizás leerás estas páginas deshilvanadas, inconexas y tristes! ¡Ojalá que, al leerlas, sepas ya que mi deseo fue realizado!

Ojalá que, lleno de una generosa simpatía para mí, exclames:

—¡No se mostró con él inexorable la muerte!

De la estación donde se quedó solo, a aquella donde debía tomar el tren para la Ciudad Serena, había poco trecho. ¡Pero él no lo sabía! ¡Su adorada sí lo supo, y por eso sonreía en su ataúd con esa sonrisa que contagiaba de paz!

Dios no quiso que en mi vida, resultante de un *Karma* mediocre, hubiera grandes noblezas. Ni siquiera me ha sido dado realizar el poco bien que intenté. Pero ¿quién me dice que, ante la humanidad de mi ruego, la sombra no ha de tener oídos? ¿Quién me dice que la concesión suprema e inmerecida que ansio, no ha de regocijar mis huesos? ¿Quién me dice, en fin, no he de partir, joven aún, en busca de mi alma gemela, antes de que ella ascienda a planos donde el aire espiritual, encarecido para mí, no me permita respirar?

Entre los versos de *Serenidad* hay unos que dicen:

No te apartes de mi vera, muere tú cuando yo muera. ¡Yo te lleve, pues te traje! Fuiste noble compañera de viaje. Rimemos nuestros destinos para todos los caminos que habremos de recorrer en lo inmenso del arcano, y vayamos por la muerte de la mano, como fuimos por la vida: ¡sin temer!

Estos versos la complacieron en extremo. Repitió varias veces los últimos, y aun vibra en mis oídos el metal de su acento, cuando insistía en el final: ¡*sin temer!*

Yo no soy más que la cuerda que pulsan manos desconocidas.

Yo no compongo mis versos: ¡únicamente los escribo! Yo soy la mano que traza las líneas. *El espíritu sopla donde quiere. Ego sum vox clamantis in deserto.*

Entonces... cabe una esperanza: ¡la de haber acertado!

¡Oh!, Dios en quien creo y a quien amo sobre todas las cosas: ¡dame esta suprema dicha de morir ahora! ¡Hay en la otra ribera una mano amorosa, que está extendida esperando la mía para el divino viaje! ¡No retardes la unión de las dos! Da a mis versos el prestigio de una profecía hecha por los ángeles.

Y vayamos por la muerte de la mano, como fuimos por la vida: ¡sin temer!

Y si, como afirman los teólogos, la muerte no es sino un incidente periódico en una existencia sin fin, de la mano volveremos a ir por las vidas sucesivas: de la mano por las vidas y por las muertes.

VII

Pero si, lector, por el contrario, al leer estas notas sabes que existo, compadéceme. Envejezco en alguna metrópoli, cogido entre los engranajes del vivir cotidiano; acaso he contraído lazos... Tengo deberes, tediosos quizás, y en tanto, mi pobre desaparecida se hunde, se hunde en los abismos del infinito: navega sola en otro cielo, hacia riberas tan remotas, que nuestra mente se fatiga sólo de pensarlas.

Les morts font de longs voyages...

Compadéceme, porque Dios no quiso oírme, y no merecí de su misericordia esa serena dignidad de la muerte. Caeré, pero más tarde, profanado por la baba del mundo, agobiado por esfuerzos triviales de esos que demanda hora a hora la lucha por la existencia.

Quizá —¡oh, vergüenza suprema!—, como el presidiario acaba por amar su jergón maloliente y la húmeda penumbra de su calabozo, yo habré acabado por amar con egoísmo senil la vida, y tosiendo y claudicando, me aferraré, sin embargo, al horror y a la vulgaridad de mis días.

¡Oh!, yo merezco ciertamente este crepúsculo..., pero ahora no quiero presentirlo! ¡Ilusión, nodriza de las almas, no me abandones! ¡Déjame creer que soy amado de los

dioses, y que en plena virilidad voy a rendir mi espíritu y a volar libérrimo al lado del alma que me aguarda *más allá de las puertas!*

Todas las noches, al sentir la suave invasión del sueño, me digo: «Quizá no despertaré». Y me complazco en cruzar las manos sobre el pecho, con esa definitiva actitud de reposo... ¡que tanto ansío! Y por las mañanas el alba que se cuele, con su insoportable tinte azul, por las rendijas, me produce desconsuelos insondables. Es ésta la hora más terrible de las veinticuatro, que como dos docenas de puñales se me clavan a diario en el corazón. La angustia de vivir trepa hasta mi garganta, y me produce náuseas invencibles.

Afuera, el invierno, de una crudeza excepcional, sacude los árboles, el viento aúlla, la lluvia azota las vidrieras; nubes bajas, ventradas, de un plomo cobrizo, pasan atormentadas y trágicas.

Y yo, echando mano de mis reservas de voluntad, hago dolorosamente el esfuerzo previo para vivir, y con el gesto resignado del enfermo que accede a tomar la poción nauseabunda, empiezo a tragarme el contenido turbio del vaso de la existencia.

Pero no blasfemo: acato. Lo inevitable es la única certidumbre que tenemos de la voluntad de Dios.

«Todos y cada uno me adoran —dice el Eterno en un diálogo de Renán— por la resignación que ponen en soportar la vida para fines de mí sólo conocidos.»

Y nada, ni la espantosa mutilación que he sufrido, puede arrancarme la fe en Cristo. ¡Él ha partido en dos mi corazón, mas en la mitad sangrienta y temblorosa que me queda, hay todavía bastante amor para bendecir a Jesús!

VIII

Sobre el mármol de su cómoda ha quedado su sombrero, tal como ella lo puso el último día que salió al tornar a casa. Sus pieles y su blusa negra, pendientes de la percha en que sus manos las colocaron con esa meticulosidad que le era propia y que hacía de ella la *ménagère* por excelencia, tienen aún su olor de mujer limpia, su olor que respiré más de diez años. Las otras prendas de su ropa cuelgan lacias en el vestidor. Por dondequiera sus huellas me salen al paso. El lecho vacío me parece desmesurado:

Ha de sobrarme la mitad del lecho, y ha de faltarme la mitad del alma.

Frecuentemente coloco una silla al borde de la cama, pegado al sitio donde expiró, y en la penumbra de la alcoba evoco toda una vida: la noche de París en que la conocí, el 31 de agosto de 1901. Yo iba en busca de una muchacha del Barrio Latino, con quien me permitía matar el tiempo, que por aquel entonces, y a raíz de grandes contrariedades, no tenía para mí más que tedio. La muchacha no acudió a la cita y, en cambio, la mano misteriosa que teje los destinos, nos puso a Ana y a mí frente a frente. Ella paseaba con una hermana y, según supe después, había salido aquella noche impulsada por un tedio tan grande como el mío. También ella tenía dolores, y su hermana, solícita, angustiada al verla llorar en el rincón de su casa, insistió para que saliese: —*Si tu restes*—le dijo— *tu deviendras folle*—. Ella se dejó convencer... El arcano iba a arrojarla en mis brazos.

Un minuto más o menos, y no nos hubiéramos encontrado. Pero estaba escrito.

Nuestra simpatía fue inmediata; mas a pesar de ella, la almita ingenua y temerosa se resistía a entregarse. La vida había sido hosca con ella y tenía miedo.

—Yo no soy una mujer para un día —me dijo enérgica, pero sonriente.

—Pues ¿para cuánto tiempo? —le pregunté, entre ligero y ansioso.

—Para toda la vida.

—¡Está bien!

Y cuando al fin (después de días deliciosos en que la persistencia del amor, aunque no lograba la posesión, ya se la prometía serena) ella se entregó sin reserva al hombre a quien empezaba a conocer y estimar, nos repetimos: «¡Para toda la vida!» Y para toda la vida fue... desde aquella noche bendita del estío de 1901, hasta esta lívida mañana del invierno de 1912 en que su hipo de agonizante resonó como eco espantoso en mi corazón.

Más de diez años de un amor confiado, lleno de abandonos. Más de diez años de esa cosa deliciosa y divina que se llama el cariño, y que resume todas las cordialidades, todas las intimidades, todas las seguridades de la vida.

París, Londres, Nueva York, México, Bruselas, Roma, Venecia, Florencia... Medio mundo nos vio juntos. ¡Adónde iré ahora que no me encuentre con su fantasma! ¡En qué lugar no he de ver su huella bendita! ¡Qué paisaje no ha de reconstruirmela!

Por dondequiera que me empuje mi hosco destino, he de abrir los brazos para apretar contra mi corazón su espectro adorado, y no he de estrechar más que mi angustia..., mi angustia y la trenza de su cabello castaño, impregnado del sudor de su agonía, que es lo solo material que me queda de la compañera única de mi vida, de la que me quiso pobre y triste, enfermo y olvidado; de la que me ofreció siempre con ímpetu generoso la cordialidad de sus brazos, la seguridad de su apoyo, la lucidez de su instinto; a la que debo la orientación de mi existencia y el no haber caído definitivamente tantas veces en los hoyancos del camino.

—¡Ah, Señor!, cómo no creer en ti, cuando vemos disolverse todo esto en la incomprensible negrura de la muerte. Un instinto invencible nos fuerza a asirnos con crispada mano a la promesa de Jesús: «Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto vivirá». Es imposible, que ese instinto nos engañe. La naturaleza no nos ha atormentado el alma con sed de inmortalidad, para volvernos tántalos inexplicables en un infinito hipotético (*natura nihil facit frustra*). Este amor, esta avidez de lo absoluto tan contraria a las exigencias materiales, esta atracción invencible que el arcano ejerce sobre nuestros espíritus, esta ansia inconmensurable de persistir, son un indicio seguro de eternidad.

Creo en ti, Señor; creo que los vivos y los muertos estamos, por el mismo concepto, en tus brazos. *En ti vivimos, nos movemos y somos*. La muerte, como tantas veces lo repetí a mi adorada, es sólo una ilusión. ¡La muerte no existe! ¡Yo lo proclamo con energía, a pesar de mi soledad aparente, a pesar de mi angustia inefable! Mi pobre alma está encerrada en esta fortaleza del cuerpo. Es una triste princesa metida en una torre impenetrable, con cinco mezquinas ventanillas (los cinco sentidos) para adivinar el inmenso mundo exterior, A veces le parece escuchar como el ruido de un mar que con rumores de seda que se desgarran, bate los pies de su fortaleza... A veces cree haber visto pasar seres alados que con majestad inmensa agitan sus plumajes niveos; a veces oye rumores armoniosos de palabras, fragmentos de músicas... Ansiará empinarse y ver los horizontes que presiente... ¡Pero las cinco ventanas están muy altas, son muy estrechas!

Mi alma, la infinita prisionera, sabe que *there are more things in heaven and earth than are dream of in your philosophy*; sabe que los muertos amados que, al derrumbarse su castillo de carne, adquirieron el privilegio del vuelo, pugnan por acercarse a ella, la solicitan, la guardan; pero sabe también que el castillo es inexpugnable por ahora, que la coraza de carne es invencible..., que sólo a veces, cuando duerme, esa muerte periódica del sueño le abre las puertas de la prisión; pero que al despertar se halla de nuevo presa y no puede acordarse sino con una enigmática vaguedad de sus departamentos con las otras almas...

Sabe todo esto, sí, y se resigna a la ley de Dios, que un día desmoronará piadosamente la dolorida arquitectura de sus huesos. Su convicción indestructible le dice que amores como el amor de que fue objeto son *más poderosos que la muerte*, y llena de unción, exclama:

—¡Oh!, muerte, ¿dónde está tu aguijón? ¡Oh!, sepulcro, ¿dónde está tu victoria?

Además, un raciocinio piadoso le argumenta de esta suerte para consolarle: «Cuando vivías con ella, cada instante os separaba, porque os acercaba al día tremendo de su muerte; ahora que se ha ido, cada instante que pasa os acerca, porque es un instante menos en la vida y por lo tanto de ausencia, porque abrevia el plazo, vencido el cual, tu alma, que se exhalará de tus labios, descoloridos, y su alma, que te aguarda en la ribera, se fundirán locamente en un divino beso de amor»

*

Así, pues, lector, tú que pensaste acaso hallar en este libro, como en el anterior, el ambiente del célebre cuadro de Henri Martin que se llama *Sérénité*, aquel ambiente lleno de radiaciones crepusculares, de sosiego augusto, y aquella asamblea de seres nobilísimos, en un bosque saturado de paz, sólo te encuentras con un nuevo sollozo del atribulado poeta de las *Místicas* y de los *Jardines interiores*.

¡Serenidad! ¿La merecía yo por ventura? Ella es privilegio de espíritus incomparablemente más altos que mi espíritu. Mi serenidad en este libro se llama *Resignación*.

Perdóname, tú que me lees. Pude suprimir la intimidad de un prefacio tan sombrío; pero sentí que debía a mi Muerta estas páginas. Aquí, donde las escribo, hace apenas dos meses, le leía aún mis versos...

Sólo me queda ahora por decir a mi Ana lo que pensé al besar su frente (tan fría que hasta los cabellos estaban helados) en el momento supremo en que iban a cerrar su ataúd:

—Gracias, idolatrada mía, del fondo de mis entrañas, por los diez años de amor que me diste. ¡Qué Dios te bendiga!

Y tú, lector, si crees en las promesas de Jesús y has llegado hasta estas líneas, ruega por Ana Cecilia Luisa Dailliez, para quien amorosamente escribo este libro. ¡Ora por ella y que Dios te bendiga también!

AMADO NERVO.
Febrero de 1912, Madrid.

PENSAMIENTOS AFINES (II)

Not dead, but gone before.

ROGER, *Human life.*

Es la vida un dolor en que se empieza el de la muerte, que dura mientras dura ella... Antes empiezas a morir que sepas qué cosa es vida.

QUEVEDO.

*Une fois, il vit dans le cimetière
una tombe neuve, un nouveau cyprès;
il comprit pour quoi; la nuit tout entière
il pleura sa amie, et mourut après.*

RONSARD.

*La voilà, j'ai coupé seulement ces deux tresses
dont elle m'enchainait hier dans ses caresses,
et je n'ai gardé que cela!*

LAMARTINE.

*Seigneur, je reconnais que l'homme est en délire
s'il ose murmurer;
je cesse d'acuser, je cesse de maudire;
mais laissez moi pleurer!*

VICTOR HUGO.

...Y morir es muy distinto de lo que todos suponen y más feliz. ¿Alguien ha pensado que nacer es una ventura? Me apresuro a manifestarle que morir es igualmente venturoso: Yo lo sé.

WALT WHITMAN.

I

¿LLORAR? ¿POR QUÉ?

Éste es el libro de mi dolor:
lágrima a lágrima lo formé;
una vez hecho, te juro por
Cristo, que nunca más lloraré.
¿Llorar? ¿Por qué?

Serán mis rimas como el rielar
de una luz íntima, que dejaré
en cada verso; pero llorar,
¡eso ya nunca! ¿Por quién? ¿Por qué?

Serán un plácido florilegio,
un haz de notas que regaré,
y habrá una risa por cada arpegio...
¿Pero una lágrima? ¡Qué sacrilegio!
Éso ya nunca. ¿Por quién? ¿Por qué?

II

«MÁS YO QUE YO MISMO»

¡Oh vida mía, vida mía,
agonicé con tu agonía
y con tu muerte me morí!
¡De tal manera te quería,
que estar sin ti es estar sin mí!

Faro de mi devoción,
perenne cual mi aflicción,
es tu memoria bendita.
¡Dulce y santa lamparita
dentro de mi corazón!

Luz que alumbró mi pesar,
desde que tú te partiste
y hasta el fin lo ha de alumbrar,
que si me dejaste triste,
triste me habrás de encontrar.

Y al abatir mi cabeza,
ya para siempre jamás,
el mal que a minarme empieza,
pienso que por mi tristeza
tú me reconocerás.

Merced al noble fulgor
del recuerdo, mi dolor
será espejo en que has de verte,
y así vencerá a la muerte
la claridad del amor.

No habrá ni noche ni abismo
que enflaquezca mi heroísmo
de buscarte sin cesar.

Si eras *más yo que yo mismo*,
¿cómo no te he de encontrar?

¡Oh vida mía, vida mía!,
agonicé con tu agonía
y con tu muerte me morí.
De tal manera te quería
que estar sin ti es estar sin mí.

Febrero de 1912.

III

«GRATIA PLENA»

Todo en ella encantaba, todo en ella atraía;
su mirada, su gesto, su sonrisa, su andar...
El ingenio de Francia de su boca fluía.
Era *llena de gracia*, como el Avemaría;
¡quien la vio, no la pudo ya jamás olvidar!

Ingenua como el agua, diáfana como el día,
rubia y nevada como Margarita sin par,
al influjo de su alma celeste, amanecía...
Era llena de gracia, como el Avemaría;
¡quien la vio, no la pudo ya jamás olvidar!

Cierta dulce y amable dignidad la investía
de no sé qué prestigio lejano y singular.
Más que muchas princesas, princesa parecía:
era llena de gracia, como el Avemaría;
¡quien la vio, no la pudo ya jamás olvidar!

Yo gocé el privilegio de encontrarla en mi vía
dolorosa; por ella tuvo fin mi anhelar,
y cadencias arcanas halló mi poesía.
Era llena de gracia, como el Avemaría,
¡quien la vio, no la pudo ya jamás olvidar!
¡Cuánto, cuánto la quise! Por diez años fue mía,
¡pero flores tan bellas nunca pueden durar!
Era llena de gracia, como el Avemaría,

¡y a la fuente de gracia, de donde procedía,
se volvió... como gota que se vuelve a la mar!

Marzo de 1912.

IV

«¡PUELLA MEA!»

Muchachita mía,
gloria y ufanía
de mi atardecer,
yo sólo tenía
la santa alegría
de mi poesía
y de tu querer.

¿Por qué te partiste?
¿Por qué te me fuiste?
Mira que estoy triste,
triste, triste, triste,
con tristeza tal
que mi cara mustia
deja ver mi angustia
como si fuera de cristal.

Muchachita mía,
¡qué sola, qué fría
te fuiste aquel día!
¿En qué estrella estás?
¡En qué espacio vuelas!
¡En qué mar rielas!
¿Cuando volverás?
—¡Nunca, nunca más!

Marzo 19 de 1912.

V

SU TRENZA

Bien venga, cuando viniere,
la Muerte: su helada mano
bendeciré si me hiere...
He de morir como muere
un caballero cristiano.

Humilde, sin murmurar,
¡oh Muerte!, no me he de inclinar
cuando tu golpe me venza;
...¡pero déjame besar,
mientras expiro, su trenza!

¡La trenza que le corté
y que, piadosa, guardé
(*impregnada todavía
del sudor de su agonía*)
la tarde en que se me fue!

Su noble trenza de oro;
amuleto ante quien oro,
ídolo de locas preces,
empapado por mi lloro
tantas veces... tantas veces...

Deja que muriendo, pueda
acariciar esa seda
en que vive aún su olor:
...¡Es todo lo que me queda
de aquel infinito amor!

Cristo me ha de perdonar
mi locura, al recordar
otra trenza, en nardo llena,
con que se dejó enjugar
los pies por la Magdalena...

Marzo de 1912.

VI

ESCAMOTEO

Con tu desaparición
es tal mi estupefacción,
mi pasmo, que a veces creo
que ha sido un *escamoteo*,
una burla, una ilusión.

Que tal vez sueño despierto
que muy pronto te veré,
y que me dirás: «¡No es cierto,
vida mía, no me he muerto;
ya no llores... bésame!»

Marzo de 1912.

VII

¿QUÉ MÁS ME DA?

in angello cum libello.

KEMPIS.

¡Con ella, todo; sin ella, nada!
Para qué viajes,
cielos, paisajes.
¡Qué importan soles en la jornada!
Qué más me da
la ciudad loca, la mar rizada,
el valle plácido, la cima helada,
¡si ya conmigo mi amor no está!
Qué más me da...

Venecias, Romas, Vianas, Parises,
bellos sin duda; pero copiados
en sus celestes pupilas grises,
¡en sus divinos ojos rasgados!
Venecias, Romas, Vianas, Parises,
qué más me da
vuestra balumba febril y vana,
si de mi brazo no va mi Ana,
¡si ya conmigo mi amor no está!
Qué más me da...

Un rinconcito que en cualquier parte me preste abrigo;
un apartado refugio amigo
donde pensar;
un libro austero que me conforte;
una esperanza que sea norte
de mi penar,
y un apacible morir sereno,
mientras más pronto más dulce y bueno:
¡qué mejor cosa puedo anhelar!

Marzo 19 de 1912.

VIII

¡QUIÉN SABE POR QUÉ!

Perdí tu presencia
pero la hallaré,
pues oculta ciencia

dice a mi conciencia
que en otra existencia
te recobraré.

Tú fuiste en mi senda
la única prenda
que nunca busqué,
llegaste a mi tienda
con tu noble ofrenda,
¡quién sabe por qué!
¡Ay! por cuánta y cuánta
quimera he anhelado
que jamás logré...
y en cambio, a ti, santa,
dulce bien amado,
te encontré a mi lado,
¡quién sabe por qué!

Viniste, me amaste;
diez años llenaste
mi vida de fe,
de luz y de aroma;
en mi alma arrullaste
como una paloma,
¡quién sabe por qué!

...Y un día te fuiste,
¡ay triste! ¡ay triste!
...Pero te hallaré;
pues oculta ciencia
dice a mi conciencia
que en otra existencia
te recobraré.

Marzo 25 de 1912.

IX

MI SECRETO

¿Mi secreto? ¡Es tan triste! Estoy perdido
de amores por un ser desaparecido,
por un alma liberta,
que diez años fue mía, y que se ha ido...

¿Mi secreto? Te lo diré al oído:
¡Estoy enamorado de una muerta!

¿Comprendes —tú que buscas los *visibles*
transportes, las reales, las tangibles

caricias de la hembra, que se plasma
a todos tus deseos invencibles—
ese imposible de los imposibles,
de adorar a un fantasma?

¡Pues tal mi vida es y tal ha sido
y será!
Si por mí sólo ha latido
su noble corazón, hoy mudo y yerto,
¿he de mostrarme desagradecido
y olvidarla, no más porque ha partido
y dejarla, no más porque se ha muerto?

Marzo 28 de 1912.

X

METAFISIQUEOS

¡De qué sirve al triste la filosofía!
Kant o Schopenhauer o Nietzsche o Bergson...
¡Metafisiqueos!
En tanto, Ana mía,
te me has muerto, y yo no sé todavía
dónde ha de buscarte mi pobre razón.
¡Metafisiqueos, pura teoría!
Nadie sabe nada de nada: mejor
que esa pobre ciencia confusa y vacía,
nos alumbra el alma, como luz del día,
el secreto instinto del eterno amor!
No ha de haber abismo que ese amor no ahonde,
y he de hallarte. ¿Dónde? ¡No me importa dónde!
¿Cuándo? No me importa... ¡pero te hallaré!
Si pregunto a un sabio, «¡Qué sé yo!» —responde—.
Si pregunto a mí alma, me dice: «¡Yo sé!»

27 - III - 1912

XI

UNIDAD

No madre, no te olvido;
mas apenas ayer ella se ha ido,
y es natural que mi dolor presente

cubra tu dulce imagen en mi mente,
con la imagen del otro bien perdido.

Ya juntas viviréis en mi memoria
como oriente y ocaso de mi historia,
como principio y fin de mi sendero,
como nido y sepulcro de mi gloria;
¡pues contigo, nací; con ella, muero!

Ya viviréis las dos en mis amores
Sin jamás separaros;
pues, como en un matiz hay dos colores
y en un tallo dos flores
¡en una misma pena he de juntaros!

PENSAMIENTOS AFINES (III)

*Mais elle était du monde où les plus belles choses
ont le pire destin;
et rose, elle a vécu ce qui vivent les roses,
l'espace d'un matin.*

MALHERBE.

Elle est venue; elle a souri: elle a passé.

EPITAFIO ANTIGUO.

*Vous qui pleurez, venez à ce Dieu, car il pleure.
Vous qui souffrez, venez à lui, car il guérit.
Vous qui tremblez, venez à lui, car il sourit.
Vous qui passez, venez à lui, car il demeure.*

VICTOR HUGO.

*Je me souviens
des jours anciens
et je pleure.*

VERLAINE.

El más rápido corcel para conducir a la perfección es sufrimiento.

EL MAESTRO ECKHARDT.

Death is the crown of life.

YOUNG.

I

EL FANTASMA SOY YO

*Vivants, vous êtes des fantômes.
C'est nous qui sommes les vivants!*

V. H.

Mi alma es una princesa en su torre metida,
con cinco ventanitas para mirar la vida.
Es una triste diosa que el cuerpo aprisionó.
Y tu alma, que desde antes de morirte volaba,
es un ala magnífica, libre de toda traba...
Tú no eres el fantasma: ¡el fantasma soy yo!
¡Qué entiendo de las cosas! Las cosas se me ofrecen,
no como son de suyo, sino como aparecen
a los cinco sentidos con que Dios limitó
mi sensorio grosero, mi percepción menguada.
Tú lo sabes hoy todo...; ¡yo en cambio, no sé nada!
tú no eres el fantasma: ¡el fantasma soy yo!

5 de abril de 1912.

II

TRES MESES

Mí amada se fue a la Muerte,
partió al Misterio mi amada;
se fue una tarde de invierno;
iba pálida, muy pálida.
Ella que, por su color
gloriosamente rosada,
parecía un ser traslúcido
iluminado por llama
interna...
¡Qué lividez
aquella, la de mi Ana,
y qué frialdad! ¡Si tenía
hasta las trenzas heladas!
¡Se fue a la Muerte, que es,
nuestra Madre, nuestra Patria
y nuestra sola heredad
tras este valle de lágrimas!
Hoy hace tres meses justos

que se la llevaron trágica
mente inmóvil, y recuerdo
con qué expresión desolada
se plañía entre los árboles
el viento del Guadarrama.

¡Tres meses de viaje! ¡Nunca
fue nuestra ausencia tan larga!
Noventa días sin verla,
y sin una sola carta...

Abismo de los abismos,
distancia de las distancias,
hondura de las honduras,
muralla de las murallas
¿dónde tienes a mi muerta?
¡Dámela! ¡Dámela! ¡Dámela!

¡En vano en la noche lóbrega
suena y resuena la aldaba
con que llamo a la gran puerta
del castillo que se alza
en la cima misteriosa
de la fúnebre Montaña!

Cierto, detrás de esa hostil
fortaleza, alguien se halla...
Se adivina no sé qué,
un confuso rumor de almas...

De fijo nos oyen, pero
nadie nos responde nada,
y resuena solamente,
con vibraciones metálicas,
en los ámbitos inmensos
el golpazo de la aldaba.

Hoy hace tres meses justos
que se la llevaron, trágica
mente inmóvil, y recuerdo
con qué expresión desolada
se plañía entre los árboles
el viento del Guadarrama;
y recuerdo también que
al cruzar por las barriadas
de Madrid, me sollozó
una tétrica gitana:
«¡Señorito, una limosna
por la difunta de su *arma!*»

8 de abril de 1912.

III

HUGUEANA

¡Ay de mí! Cuántas veces, arrobado
en la contemplación de una quimera,
me olvidé de la noble compañera
que Dios puso a mi lado.

—¡Siempre estás distraído! —me decía;
y yo, tras mis fantasmas estelares,
por escrutar lejanos luminares,
el íntimo lucero no veía.

Qué insensatos antojos
los de mirar, como en tus versos, Hugo,
las estrellas, en vez de ver sus ojos,
desdeñando, en mi triste desatino,
la cordial lucecita que a Dios plugo
encenderme en la sombra del camino...

Hoy que partió por siempre el amor mío
no me importan los astros, pues sin ella
para mí el universo está vacío.
Antes, era remota cada estrella:
hoy, su alma es la remota, porque en vano
la buscan mi mirada y mi deseo.

Ella que iba conmigo de la mano,
es hoy lo más lejano:
los astros están cerca, pues los veo.

Abril 9 de 1912.

IV

CUANDO DIOS LO QUIERA

Santa florecita, celestial renuevo,
que hiciste de mi alma una primavera,
y cuyo perfume para siempre llevo:
—¡Cuando Dios lo quiera, cuando Dios lo quiera!

—¡Qué abismo tan hondo! ¡Qué brazo tan fuerte
desunirnos pudo de tan cruel manera!
...Mas ¡qué importa! Todo lo salva la muerte
y en *otra ribera* volveré yo a verte...
—En otra ribera... ¡sí, cuando Dios quiera!

Corazón herido, corazón doliente,
mutilada entraña: si tan tuya era
(carne de tu carne, mente de tu mente,
hueso de tus huesos), necesariamente
has de recobrarla... —¡Sí, cuando Dios quiera!

Abril de 1912.

V

«LE TROU NOIR»

Y todos los modernos sobrentienden,
quiénes más, quiénes menos, de ahí en
adelante abajo esa inmortalidad del otro
lado abajo nuevamente del agujero negro.

FLAUBERT, *Correspondence*.

Para el que sufre como yo he sufrido,
para el cansado corazón ya huérfano,
para el triste ya inerme ante la vida,
¡bendito agujero negro!

Para el que pierde lo que yo he perdido
(luz de su luz y hueso de sus huesos),
para el que ni recobra ya ni olvida,
¡bendito agujero negro!

¡Agujero sin límites, gigante
y medroso agujero,
cómo intriga a los tontos y a los sabios
la insondabilidad de tu misterio!

Mas si hay alma, he de hallar la suya errante;
si no, en la misma nada fundiremos
nuestras áridas bocas, ya sin labios,
en tu regazo, ¡fúnebre agujero!

Abril 4 de 1912.

VI

TODO INÚTIL

Inútil es tu gemido:
no la mueve tu dolor.

La muerte cerró su oído
a todo vano rumor.

En balde tu boca loca
la suya quiere buscar
Dios ha sellado su boca:
¡ya no te puede besar!

Nunca volverás a ver
sus amorosas pupilas
en tus veladas arder
como lámparas tranquilas.

Ya sus miradas tan bellas
en ti no se posarán:
Dios puso la noche en ellas
y llenas de noche están...

Las manos inmaculadas
le cruzaste en su ataúd,
y estarán siempre cruzadas:
¡ya es eterna su actitud!

Al noble corazón tierno
que sólo por ti latió,
como a pájaro en invierno
la noche lo congeló.

—¿Y su alma? ¿Por qué no viene?
¡Fue tan mía...! ¿Dónde está?
—Dios la tiene, Dios la tiene:
¡Él te la devolverá
quizá!

Abril 19 de 1912.

VII

¡CÓMO SERÁ!

Si en el mundo fue tan bella,
¿cómo será en esa estrella
donde está?
¡Cómo será!

Si en esta prisión oscura
en que más bien se adivina
que se palpa la hermosura,
fue tan peregrina,
¡cuán peregrina será
en el más allá!

Si de tal suerte me quisó
aquí, ¿cómo me querrá
en el azul paraíso
en donde mora quizá?
¡Cómo me querrá!

Si sus besos eran tales
en vida, ¡cómo serán
sus besos espirituales!
¡Qué inmortales
no darán!
¡Sus labios inmatereales,
cómo besarán!

...Siempre que medito en esa
dicha que alcanzar espero,
clamo, cual Santa Teresa,
que muero porque no muero;
hallo la vida muy tarda
y digo: ¿cómo será
la ventura que me aguarda
donde ella está?
¡Cómo será!

Abril 21 de 1912.

PENSAMIENTOS AFINES (IV)

Así como entre el eco sordo de las aguas y los diversos rumores que se escuchan, cuando se abre un túnel, oímos de vez en cuando el ruido de los barreteros que vienen hacia nosotros del lado opuesto, así también a intervalos escuchamos los golpes de la piqueta de nuestros camaradas, los que se fueron al mas allá.

SIR OLIVER LODGE.

El alma, cuando dormimos, tiene ojos de lince.

ESQUILO.

Ils n'ont accepté de la terre que l'effort seul qu'elle nécessite pour s'en détacher.

VILLIERS DE L'ISLE ADAM.

*Oh, Christ, that it were possible
for one short hour to see
the souls we loved, that they might tell us
what and where they be!*

TENNYSON.

I

LA CITA

*Llamaron quedo, muy quedo,
a la puerta de tu casa...*

VILLAESPESA.

—¿Has escuchado?
Tocan la puerta...
—La fiebre te hace
desvariar.
—Estoy citado
con una muerta,
y un día de estos ha de llamar...
Llevarme pronto me ha prometido;
a su promesa no ha de faltar...
Tocan la puerta: Qué, ¿no has oído?
—La fiebre te hace desvariar.

Abril 26 de 1912.

II

NADIE CONOCE EL BIEN

Había un ángel cerca de mí,
mas no le vi...
Posó las plantas maravillosas
entre las zarzas de mi erial, y
yo, en tanto, estaba viendo otras cosas.
Cuando, callado, tendió su vuelo
y quedó al irse torvo mi cielo,

mi vida huérfana, mi alma vacía,
comprendí todo lo que perdía.

Alcé los ojos despavoridos,
llamé al ausente con un gemido,
plegó mis labios convulso gesto...

Mas pronto el ángel dejó traspuesto,
con vuelo de ímpetu soberano,
las lindes negras del mundo arcano,
y todo vano fue... ¡todo vano!

¡Quién del espacio devuelve un ave!
¡Qué imán atrae a un dios ya ido!
Dice el proloquio que nadie sabe
el bien que tiene... ¡sino perdido!

Abril 27 de 1912.

III

REPARACIÓN

¡En esta vida no la supe amar!
Dame otra vida para reparar,
¡oh Dios! mis omisiones,
para amarla con tantos corazones
como tuve en mis cuerpos anteriores;
para colmar de flores,
de risas y de gloria sus instantes;
para cuajar su pecho de diamantes
y en la red de sus labios dejar presos
los enjambres de besos
que no le di en las horas ya perdidas...

Si es cierto que vivimos muchas vidas
(conforme a la creencia
teosófica, Señor), otra existencia
de limosna te pido
para quererla más que la he querido,
para que en ella nuestras almas sean
tan *una*, que las gentes que nos vean
en éxtasis perenne ir hacia Dios,
digan: «¡Cómo se quieren esos dos!»

A la vez que nosotros murmuramos
con un instinto lúcido y profundo
(mientras que nos besamos
como locos): «¡Quizás ya nos amamos
con este mismo amor en otro mundo!»

Abril 28.

IV

¡CÓMO CALLAN LOS MUERTOS!

¡Qué despiadados son
en su callar los muertos!
Con razón
todo mutismo trágico y glacial,
todo silencio sin apelación
se llaman: *un silencio sepulcral*.

Abril 29.

V

ME BESABA MUCHO

Me besaba mucho, como si temiera
irse muy temprano... Su cariño era
inquieto, nervioso.
Yo no comprendía
tan febril premura. Mi intención grosera
nunca vio muy lejos...
¡Ella presentía!
Ella presentía que era corto el plazo,
que la vela herida por el latigazo
del viento, aguardaba ya... y en su ansiedad
quería dejarme su alma en cada abrazo,
poner en sus besos una eternidad.

Mayo 4 de 1912.

VI

AQUEL OLOR...

Era un'amicizia «di terra lontana».

GABRIELE D'ANNUNZIO.

¿En qué cuento te leí?
¿En qué sueño te soñé?
¿En qué planeta te vi
antes de mirarte aquí?
¡Ah, no lo sé... no lo sé!

Pero brotó nuestro amor
con un *antiguo* fervor,
y hubo, al tendernos la mano,
cierta emoción *anterior*,
venida de lo lejano.

Tenía nuestra amistad,
desde el comienzo un cariz
de otro sitio, de otra edad,
y una familiaridad
de indefinible matiz...

Explique alguien (si lo osa)
el hecho, y por qué, además,
de tus caricias de diosa
me queda una misteriosa
esencia sutil de rosa
que viene de un siglo atrás...

Mayo 7 de 1912.

VII

«HÉLAS»

Hélas! Je ne suis plus un poète, un artiste:
je ne suis plus qu'un coeur profondément meurtri;
je ne suis qu'un esprit las et farouche et triste,
qui veut saisir un rêve d'amour évanoui...

La Mort a mis devant mes yeux ses lourdes voiles
pour m'empêcher de suivre *Celle* qui s'envola;
mais mon âme opiniâtre, cherche dans les étoiles,
fouille les noirs abîmes, et la retrouvera!

11-V-1912.

VIII

«REGNUM TUUM»

Fuera, sonrisas y saludos,
vals, esnobismo de los clubs,
mundanidad oropelesca.
Pero al volver a casa, tú.

En el balcón, en la penumbra,
vuelos los ojos al azul,
te voy buscando en cada estrella
del misterioso cielo augur.

¿Desde qué mundo me contemplas?
¿De qué callada excelsitud
baja tu espíritu a besarme?
¿Cuál es el astro cuya luz
viene a traerme tus miradas?

¡Oh, qué divina es la virtud
con que la noche nos penetra
bajo su maternal capuz!

Hasta mañana, salas frívolas,
trajín, ruidos, inquietud,
mundanidad oropelesca,
poligonales fracs, abur.

Y tú, mi muerta, ¡buenas noches!
¿Cómo te va? ¿Me amas aún?
Vuelvo al encanto misterioso,
a la inefable beatitud
de tus lejanos besos místicos.
¡Aquí no reinas más que tú!

Mayo 16 de 1912.

IX

«NEARER TO THEE»

Avant de t'en aller vers le sombre rivage,
chaque jour, chaque instant, te séparerait de moi,
car la barque approchait pour l'éternel voyage...
Maintenant, chaque jour nous unit davantage;
je suis tous les instants plus près de toi!

...*Aujourd'hui, plus qu'hier*, et plus encor demain!
Ainsi, combien de soirs, je pense avec émoi:

«Qui sait si elle me tend déjà la blanche main
pour m'aider à franchir son abîme lointain!»
...Et je me sens plus près, toujours plus près de toi!

21-V-1912.

PENSAMIENTOS AFINES (V)

*Que ferai-je de la lyre,
de la vertu, du destin?
Hélas! et, sans ton sourire,
que ferai-je du matin?
Que ferai-je seul, farouche,
sans toi, du jour et des cieux,
de mes baisers sans ta bouche
et de mes pleurs sans tes yeux!*

VICTOR HUGO.

La vie des morts est plus durable que celle des vivants.
GUSTAVE LE BON.

*Mi diestra sea olvidada. Mi lengua se pegue a mi paladar, si de ti
me olvidare.*

SALMOS, 137, 5, 6.

*Mejor es la buena fama que el buen unguento, y el día de la muerte
que el día del nacimiento,*

ECLESIASTÉS, 7, 1.

Mi alma espera a Jehovab, más que los centinelas la mañana.

SALMOS, 130, 6.

La muerte no es quizá más que un cambio de sitio.

MARCO AURELIO.

I

ESTE LIBRO

Un rimador obscuro
que no proyecta sombra,
un poeta maduro
a quien ya nadie nombra,
hizo este libro, amada,
para vaciar en él
como turbia oleada
el ánfora colmada
de lágrimas y hiel.

Humilde florilegio,
pobre ramo de rimas.
Su solo privilegio
tú, con tu santo soplo
de amor y de ternura
desde el astro en que estás.

¡Un dolor infinito
labró en él con su escoplo
tu divina escultura,
como en recio granito,
para siempre jamás!

Mayo 23 de 1912.

II

YA TODO ES IMPOSIBLE

¡Dios no ha de devolvértela porque llores!
Mientras tú vas y vienes por la casa
vacía; mientras gimes,
la pobre está pudriéndose en su agujero.
¡Ya todo es imposible!

Así llenaras veinte lacrimatorias
con la sal de tus ojos; así suspires
hasta luchar en ímpetu
con el viento que pasa, destrozando
las flores de tus jardines;
así solloces hasta herir la entraña
de la noche sublime,
nada obtendrás: la Muerte no devuelve

sino cenizas a los tristes...
la pobre está pudriéndose en su agujero.
¡Ya todo es imposible!

Dios lo ha querido... ¡Inclina la cabeza,
humíllate, humíllate,
y aguarda, recogido, en las tinieblas,
el beso de la Esfinge!

Mayo 31 de 1912.

III

ESPERANZA

¿Y por qué no ha de ser verdad el alma?
¿Qué trabajo le cuesta al Dios que hila
el tul fosfórico de las nebulosas,
y que traza las tenues pinceladas
de luz de los cometas incansables
dar al espíritu inmortalidad?

¿Es más incomprensible, por ventura,
renacer que nacer? ¿Es más absurdo
seguir viviendo que el haber vivido,
ser invisible y subsistir, tal como
en redor nuestro laten y subsisten
innumerables formas, que la ciencia
sorprende a cada instante
con sus ojos de lince?

Esperanza, pan nuestro cotidiano,
esperanza, nodriza de los tristes:
murmúrame esas íntimas palabras
que en el silencio de la noche fingen,
en lo más escondido de mi mente,
cuchicheo de blancos serafines...
¿Verdad que he de encontrarme con mi muerta?
Si lo sabes, ¡por qué no me lo dices!

Junio, 2 - 1912.

IV

EL RESTO ¡QUÉ ES!

Tú eras la sola verdad de mi vida,
el resto ¡qué es!
Humo.... palabras, palabras, palabras...
¡mientras la tumba me hace enmudecer!

Tú eras la mano cordial y segura
que siempre estreché
con sentimiento de plena confianza
en tu celeste lealtad de mujer.

Tú eras el pecho donde mi cabeza
se reposó bien,
oyendo el firme latir de la entraña
que noblemente mía sólo fue.

Tú lo eras todo: ley, verdad y vida...
El resto ¡qué es!

Junio 4.

V

«NIHIL NOVUM...»

¡Cuántos, pues, habrán amado
como mi alma triste amó...
y cuántos habrán llorado
como yo!

¡Cuántos habrán padecido
lo que padecí,
y cuántos habrán perdido
lo que perdí!

Canté con el mismo canto,
lloro con el mismo llanto
de los demás,
y esta angustia y este tedio,
ya los tendrán sin remedio
los que caminan detrás.

Mi libro sólo es, en suma,
gotícula entre la bruma,
molécula en el crisol
del común sufrir, renuevo

del Gran Dolor... ¡Nada nuevo
bajo el sol!

...Mas tiene cada berilo
su manera de brillar,
y cada llanto su estilo
peculiar.

Junio 10.

VI

POR MIEDO

La dejé marcharse sola
...y, sin embargo, tenía
para evitar mi agonía,
la piedad de una pistola.

«¿Por qué no morir?» —pensé.
«¿Por qué no librarme desta
tortura? ¿Ya qué me resta
después que ella se me fue?»

...Pero el resabio cristiano
me insinuó con voces graves:
«¡Pobre necio, tú qué sabes!»
Y paralizó mi mano.

Tuve miedo... es la verdad;
miedo, sí, de ya no verla,
miedo inmenso de perderla
por toda una eternidad.

Y preferí, no vivir
—que no es vida la presente—,
sino acabar lentamente,
lentamente, de morir.

Junio 11 de 1912.

VII

¡CUÁNTOS DESIERTOS INTERIORES!

¡Cuántos desiertos interiores!
Heme aquí joven, fuerte aún,
y con mi heredad ya sin flores...

Némesis sopló en mis alcores
con bocanadas de simún.

De un gran querer, noble, profundo,
sólo una trenza me quedó...

¡y un hueco más grande que el mundo!
Obra fue todo de un segundo.

¿Volveré a amar? ¡Pienso que no!

Sólo una vez se ama en la vida
a una mujer como yo amé;

y si la lloramos perdida
queda el alma tan mal herida,

que dice a todo: —«¡Para qué!»

Su muerte fue mi premoriencia,
pues que su vida era razón
de ser de toda mi existencia.

Pensarla, es ya mi sola ciencia...

¡Resignación! ¡resignación!

Junio 18.

VIII

ESO ME BASTA

Este libro tiene muchos precedentes,
tantos como gentes
habrán sollozado
por un bien amado,
desaparecido,
por un gran amor extinguido.

Tal vez muchos otros lloraron mejor
su dolor que yo mi inmenso dolor;
quizás (como eran poetas mayores)
había en sus lágrimas muchos más fulgores...

Yo en mis tristes rimas no pretendo nada:
para mí es bastante
con que mi adorada,
para siempre ida,
detrás de mi hombro las lea anhelante
y diga: «Éste sí que es un buen amante
que nunca me olvida».

IX

¡QUÉ BIEN ESTÁN LOS MUERTOS!

¡Qué bien están los muertos,
ya sin calor ni frío,
ya sin tedio ni hastío!

Por la tierra cubiertos,
en su caja extendidos,
blandamente dormidos...

¡Qué bien están los muertos,
con las manos cruzadas,
con las bocas cerradas!

¡Con los ojos abiertos,
para ver el arcano
que yo persigo en vano!

¡Qué bien estás, mi amor,
ya por siempre exceptuada
de la vejez odiada,
del verdugo dolor...

Inmortalmente joven,
dejando que te troven
su trova cotidiana
los pájaros poetas
que moran en las quietas
tumbas, y en la mañana
donde la Muerte anida,
saludan a la vida!

17 de Junio de 1912.

X

«BON SOIR...»

Donc, bon soir, mon mignon, et à demain!

(Palabras que Ana me dejó escritas una noche en que tuvimos que separarnos.)

¡Buenas noches, mi amor, y hasta mañana!

Hasta mañana, sí, cuando *amanezca*,
y yo, después de más de cuarenta años
de incoherente soñar, abra y estriegue
los ojos del espíritu,
como quien ha dormido mucho, mucho,
y vaya lentamente despertando,

y, en una progresiva lucidez,
ate los cabos del ayer de mi alma
(antes de que la carne la ligara)
y del hoy prodigioso
en que habré de encontrarme, en ese plano
en que ya nada es ilusión y todo
es verdad...

¡Buenas noches, amor mío,
buenas noches! Yo quedo en las tinieblas
y tú volaste hacia el amanecer...
¡Hasta mañana, amor, hasta mañana!

Porque, aun cuando el destino
acumulara lustro sobre lustro
de mi prisión por vida son fugaces
esos lustros; sucédense los días
como rosarios, cuyas cuentas magnas
son los domingos...
Son los domingos en que con mis flores,
voy invariablemente al cementerio
donde yacen tus formas adoradas.
¿Cuántos ramos de flores
he llevado a tu tumba? No lo sé.
¿Cuántos he de llevar? Tal vez ya pocos.
¡Tal vez ya pocos! ¡Oh, que perspectiva
deliciosa!
¡Quizás el carcelero
se acerca con sus llaves resonantes
a abrir mi calabozo para siempre!
¿Es por ventura el eco de sus pasos
el que se oye, a través de la ventana,
avanzar por los inquietos corredores?
¡Buenas noches, amor de mis amores!
Hasta luego, tal vez... o hasta mañana.

Junio 25, 1912.

PENSAMIENTOS AFINES (VI)

Et j'ai vu quelque fois ce que l'homme a cru voir.

ARTHUR RIMBAUD.

*Mourir «proprement», comme disaít M. Farcot, simplement,
dignement, paisiblement. In pace, in idipsum, dormiam et
requiescam.*

LE P. HYACINTHE LOYSON.

*¡Cuándo será que pueda
libre de esta prisión volar al cielo!*

FRAY LUIS DE LEÓN.

*¡Oh, muerte, ven callada;
como sueles venir en la saeta!*

ANÓNIMO SEVILLANO.

*Cuando Dios, que al que llora recompensa, se apiade al fin de lo
que yo he sufrido, en silencio me iré como he venido... Quiero en la
sombra entrar. Tengo una inmensa necesidad de olvido.*

ANTONIO ZARAGOZA.

*Tous mes étonnements son finis sur la terre, tous mes adieux sont
faits, l'ame est prête à faillir pour atteindre a ses fruits protégés de
mystère que la pudique mort a seule osé cueillir.*

MARCELINE DESBORDES-VALMORE.

I

SONETO

¡Qué son diez años para la vida de una estrella!
...Mas para el triste amante que encontró la mitad
de su alma en el camino, y se enamoró della,
diez años de connubio son una eternidad.

Diez años, cuatro meses y siete días, quiso
el Arcano, que encauza las vidas paralelas,
juntarnos, no en meloso y estulto paraíso,
sino en la comunión de las almas gemelas.

Conducidos marchamos
por un amor experto;
del brazo siempre fuimos,
y tal nos adoramos,
que... ¡no sé quién ha muerto,
o si los dos morimos!

Junio 29 de 1912.

II

BENDICIÓN A FRANCIA

¡Bendita seas, Francia, porque me diste amor!
En tu París inmenso y cordial, encontré
para mi cuerpo abrigo, para mi alma fulgor,
para mis ideales el ambiente mejor,
...¡y además una dulce francesa que adoré!

Por esa mujer noble, tuyo es, Francia querida,
mi reconocimiento; pues, que merced a ella,
tuve todos los bienes: el gusto por la vida,
la intimidad celeste, la ternura escondida,
y la luz de la lámpara y la luz de la estrella.

Yo no sé qué demiurgo la sustrajo a mi anhelo
tras una amputación repentina y cruel,
y ya tú sola, Francia, puedes darme consuelo:
con un refugio amigo para llorar mi duelo,
tu maternal regazo para verter mi hiel,
la sombra de algún árbol en tu florido suelo
...¡y acaso, en tus colmenas, una gota de miel!

Julio 3 de 1912.

III

SEIS MESES...

¡Seis meses ya de muerta! Y en vano he pretendido
un beso, una palabra, un hálito, un sonido...
y, a pesar de mi fe, cada día evidencio
que detrás de la tumba ya no hay más que silencio...

Si yo me hubiere muerto, ¡qué mar, qué cataclismos,
qué córtices, qué nieblas, qué cimas ni qué abismos
burlaran mi deseo febril y omnipotente
de venir por las noches a besarte en la frente,
de bajar, con la luz de un astro zahorí,
a decirte al oído: «¡No te olvides de mí!»

Y tú, que me querías tal vez más que te amé,
callas inexorable, de suerte que no sé
sino dudar de todo, del alma, del destino
¡y ponerme a llorar en medio del camino!
Pues con desolación infinita evidencio
que detrás de la tumba ya no hay más que silencio...

Julio 7 de 1912.

IV

PIEDAD

No porque está callada
y ya no te responde, la motejes;
no porque yace helada,
severa, inmóvil, rígida, la huyas;
no porque está tendida
y no puede seguirte ya, la dejes;
¡no porque está perdida
para siempre jamás, la sustituyas!

Julio 9 de 1912.

V

POBRECITA MÍA

Bien sé que no puedes,
pobrecita mía,
venir a buscarme.
¡Si pudieras, vendrías!
Acaso te causan
dolor mis fatigas,
mis ansias de verte,
mis quejas baldías,
mi tedio implacable,
mi horror por la vida...
¡No puedes traerme consuelo!
¡Si pudieras, vendrías!
¡Qué honda, qué honda
debe ser la sima
donde caen los muertos,
pobrecita mía!
¡Qué mares sin playas,
qué noche infinita,
qué pozos danáideos,
qué fieras estigias,
deben separarnos de los que se mueren
desgajando en dos

almas una misma,
para que no puedas venir a buscarme!
Si pudieras, vendrías...

Julio 11 de 1912.

VI

LOS MUERTOS MANDAN

«Los muertos mandan», ¡sí, tú mandas, vida mía!
Si ejecuto una acción, digo: «¿Le gustaría?»
Hago tal o cual cosa, pensando: «¡Ella lo hacía!»
Busco lo que buscabas, lo que dejabas de ser,
amo lo que tu amabas, copio como un espejo
tus costumbres, tus hábitos... ¡Soy no más tu reflejo!

Julio 13 de 1912.

VII

LEJANÍA

¡Parece mentira que hayas existido!
Te veo tan lejos...
Tu mirada, tu voz, tu sonrisa,
me llegan del fondo de un pasado, inmenso...
Eres más sutil
que mi propio ensueño;
eres el fantasma de un fantasma,
eres el espectro de un espectro...
Para reconstruir tu imagen remota,
he menester ya de un enorme esfuerzo.
¿De veras me quisiste? ¿De veras me besabas?
¿De veras recorrías la casa, hoy en silencio?
¿De veras, en diez años, tu cabecita rubia
repositó por las noches, confiada, en mi pecho?
¡Ay, qué perspectivas ésas de la muerte!
¡Qué horizontes tan bellos!
¡Cuál os divinizan, oh, difuntas jóvenes,
con sus lejanías llenas de misterio!
¡Qué consagraciones tan definitivas
las que da el Silencio...!
¿Cuál os vuelve míticas, casi fabulosas!

¿Qué tristes mujeres de carne y de hueso,
con sus pobres encantos efímeros,
podrían venceros?

Tenéis un augusto prestigio de estatua,
y por un fenómeno de rareza lleno,
mientras más distantes más imperiosas
vais agigantándoos en el pensamiento.

Julio 17 de 1912.

VIII

HUELGA DE CÉLULAS

Este concurso de células,
unánimes en su intento
misterioso de que dure
la intensa vida en mi cuerpo;
esos miles de millones
de pequeñitos cerebros,
que, con una disciplina
admirable en el esfuerzo,
se dividen el trabajo
de mis órganos diversos,
y mantienen el fenómeno
de mi existir en el tiempo,
un día, quizás cercano,
(mañana, tal vez hoy mismo),
han de declararse en huelga,
porque en el reloj eterno
sonó el instante...

¡Qué júbilo
entonces el del colegio
aquél, más de cuarenta años
a mi espíritu sujeto!

¡Qué alegría en el cotarro
innúmero y turbulento!
Cada grupo ha de tirar,
por su lado, con estruendo:
—¡Vuelvo a la rosa!, dirá
y otro: —¡Al agua!; y otro: —¡Al barro!;
y otro: —¡Al carbón!; y otro: —¡Al hierro!;
y otro: —¡A la cal!; y otro: —¡Al fósforo!;
y otro: —¡A la mar!; y otro: —¡Al cielo!

Y mi espíritu, entretanto,
verá feliz, sonriendo,
la disociación bendita
que restituye al Acervo
lo prestado...

Mas de pronto,
movido por el recuerdo
más hondo, más persuasivo,
más amante, más inmenso,
se preguntará a sí mismo:
—Bien, y yo, ¿adónde me vuelvo?
—¡A mis brazos! —gritará
en la eternidad tu acento...

Y cuando los dos, fundidos
en una sola alma estemos,
el océano infinito
nos absorberá en silencio...

Julio 21 de 1912.

IX

...PERO TE AMO

Yo no sé nada de la vida,
yo no sé nada del destino,
yo no sé nada de la muerte;
¡pero te amo!

Según la buena lógica, tú eres luz extinguida;
mi devoción es loca, mi culto desatino,
y hay una insensatez infinita en quererte;
¡pero te amo!

Julio 24 de 1912.

X

«VIVIR SIN TUS CARICIAS...»

Vivir sin tus caricias es mucho desamparo;
vivir sin tus palabras es mucha soledad;
vivir sin tu amoroso mirar, ingenuo y claro,
es mucha obscuridad...

Julio 25 de 1912.

PENSAMIENTOS AFINES (VII)

...L'homme est capable de culbuter toutes les résistances et de franchir bien des obstacles et même peut-être la mort.

BERGSON.

*Soy un cadáver: ¿cuándo me entierran?
Soy un ausente: ¿cuándo me voy?*

DÍAZ MIRÓN.

On n'emporte en mourant que ce qu'on a donné.

ÉMILE DESCHANEL.

Le silence éternel de ces espaces infinis, m'effraie.

PASCAL.

Un désespoir paisible et sans reproches au ciel est la sagesse même.

ALFRED DE VIGNY.

Un seul être vous manque et tout est dépeuplé.

LAMARTINE.

*Si agradable descanso, paz serena,
la muerte, en traje de dolor, envía
señas de su desdén de cortesía:
más tiene de caricia que de pena.*

DON FRANCISCO DE QUEVEDO.

Si nous avons l'oreille fine, nous pouvons entendre la chute de nos instants dans le néant, comme un vase qui se vide goutte à goutte.

HENRI BORDEAUX.

POR ESTA SELVA...

Por esta selva tan espesa,
donde el sol nunca penetró,
buscando voy una princesa
que se me perdió.

Entre los árboles copudos,
entre las lianas verdinegras
que trepan por los desnudos
troncos, como culebras;

entre las rocas de hosquedad
hostil y provocativa
y la pavorosa soledad
y la penumbra esquiva,

buscando voy una princesa
rubia como la madrugada,
que ha partido y que no regresa
desta espesura malhadada.

Dicen que al fin de aquella ruta,
que bordan el ciprés y el enebro,
hay una reina muy enjuta
que mora en un castillo muy negro;

que guarda en fieros torreones
otras princesas como la mía,
y que es sorda a las rogaciones
del desamparo y la agonía.

...Más, acaso si yo pudiese
ver a la reina, y su huella
seguir astuto, al cabo diese
con el castillo negro... ¡y con él Ella!

Pero el más seguro instinto
no se sentiría capaz
de guiarse por el laberinto
desta penumbra pertinaz.

Es que el espíritu presiente
algo fatal que se avecina,
y es que acaso es más impotente
que lo que vemos claramente
lo que tan sólo se adivina.

Heme aquí, pues, con *l'alma opresa*
en medio de la obscuridad,
enamorado de una princesa

que se perdió en la selva espesa
tal vez por una eternidad.

Julio 31 de 1912.

II

EL VIAJE

Para calmar a veces un poco el soberano,
el invencible anhelo de volverte a mirar,
me imagino que viajas por un país lejano
de donde es muy difícil, ¡muy difícil!, tornar.
Así mi desconsuelo, tan hondo, se divierte;
doy largas a mi espera, distraigo mi hosco esplín,
y, pensando en que tornas, en que ya voy a verte,
un día, en cualquier parte, me cogerá la muerte
y me echará en tus brazos, ¡por fin!, ¡por fin!, ¡por fin!

Agosto 2 de 1912.

III

SIN RUMBO

Por diez años su diáfana existencia fue mía.
Diez años en mi mano su mano se apoyó,
¡... y en sólo unos instantes se me puso tan fría,
que por siempre mis besos congeló!
¡Adónde iréis ahora, pobre nidada loca
de mis huérfanos besos, si sus labios están
cerrados, si hay un sello glacial sobre su boca,
si su frente divina se heló bajo su toca,
si sus ojos ya nunca se abrirán!

Agosto 14 de 1912.

IV

DESPUÉS

Después de aquella brava agonía,
ya me resigno... ¡sereno estoy!

Yo, que con ella nada pedía,
hoy, ya sin ella, sólo querría
ser noble y bueno... ¡mientras me voy!

En su bendito nombre que adoro,
ser noble y bueno, y al expirar,
poder decirme: «¡Nada atesoró:
di toda mi alma, di todo mi oro,
di todo aquello que pude dar!»

Desnudo torno como he venido;
cuanto era mío, mío no es ya:
como un aroma me he difundido,
como una esencia me he diluido;
y, pues que nada tengo ni pido,
¡Señor, al menos vuélvemela!

Agosto 20 de 1912.

V

¡OH MUERTE!

Muerte, ¡cómo te he deseado!
¡con qué fervores te he invocado!
¡con qué anhelares he pedido
a tu boca su beso helado!
¡Pero tú, ingrata, no has oído!

¡Vendrás, quizá, con paso quedo,
cuando de partir tenga miedo,
cuando la tarde me sonría
y algún ángel, con rostro ledo,
serene mi melancolía!

Vendrás, quizá, cuando la vida
me muestre una veta escondida
y encienda para mí una estrella.
¡Qué importa! Llega, ¡oh, Prometida!;
¡siempre has de ser la Bienvenida,
pues me juntarás con ELLA!

Agosto 22 de 1912.

VI

ALQUIMIA

Bien sé que para verte
he menester la alquimia de la muerte
que me trasmute en alma, y delirante
de amor y de ansiedad, a cada instante
que llega, lo requiero
diciéndole: «¡Ah!, ¡si fueses tú el postrero!»

Es tan desmesurado, tan divino
y tan hondo el futuro que adivino
a través de las rutas estelares,
y de uno en otro los avatares,
siempre contigo, noble compañera,
que por poder morir, ¡ay, qué no diera!

Agosto 24 de 1912.

VII

DIÁLOGO

EL DESALIENTO.

¡Por qué empeñarse en buscar
a quien se quiere esconder!
Si Dios no se deja ver,
alma ¿cómo le has de hallar?

...Y aun pretendes lograr
que ésa esfinge que se esconde
y calla, te diga dónde
recobrarás a tu muerta.

¡Ilusa, llama a otra puerta,
que en ésta nadie responde!

LA ESPERANZA.

—Hay que empeñarse en buscar
a quien se quiere esconder.
Si Dios no se deja ver,
alma, le tienes de hallar
por fuerza.

Y has de lograr
que esa esfinge que se esconde
y calla, te diga dónde
recobrarás a tu muerta.

¡Si la Fe llama a una puerta,
el Amor siempre responde!

Septiembre de 1912.

VIII

TAL VEZ...

Tal vez ya no le importe mi gemido
en el indiferente edén callado
en que el espíritu desencarnado
vive como dormido...
Tal vez ni sabe ya cómo he llorado
ni cómo he padecido.

En profundo quietismo,
su alma, que antes me amara de tal modo,
se desliza glacial por ese abismo
del eterno mutismo,
olvidada de sí, de mí, de todo...

Septiembre 30 de 1912.

IX

«LUX PERPETUA»

Si ha de ser condición de mi dicha el olvido
de ti, quiero estar triste siempre (como he vivido).
Prefiero la existencia más árida y doliente
al innoble consuelo de olvidar a mi ausente.

Por lo demás, ¡qué tengo sin ti de cosa propia,
que me halague o sonría en esta dura inopia,
ni qué luz en mis noches me quedará, si pierdo
también la lamparita cordial de tu recuerdo!

Octubre 2 de 1912.

PENSAMIENTOS AFINES (VIII)

Il n'y a pas de mort.

MAETERLINCK.

Les voix de la mort sont apaisantes et sereines.

HENLEY.

E, quando noi cominciamo ad aprire gli occhi sul visibile, già eravamo da tempo aderenti all'invisibile.

D'ANUNZIO.

Celui qui croit vaut mieux, pèse davantage, contient plus de vie que celui qui doute.

JACQUES RIVIÈRE.

La Religion, sous telle de ses formes, nous donne la sérénité, l'équilibre moral, le bonheur.

ÉMILE BOUTROUX.

I

UN SIGNO...

Eternidad: ¡devuélveme lo que me has substraído!
Abismo: ¡restituyeme lo que sorbió tu hondura!
Esfinge: ¡abre tu oído!
¡Compadécete ya, Noche obscura!
Oye mi imploradora
voz, ¡oh Isis!, desgarrar tu capuz,
...y tú, lucero ignoto en que Ella mora,
¡por piedad, hazme un signo de luz!

Octubre 16 de 1912.

II

¿POR QUÉ?

¿Por qué tú que me amabas con esa multiforme
solicitud celeste, me dejas hoy? ¿Por qué
no acudes a mis: lágrimas?
—Es un misterio enorme...
—Es un misterio enorme... ¡pero yo lo sabré!

Octubre 22 de 1912.

III

ETERNIDAD

¡La muerte! ¡Allí se agota todo esfuerzo,
allí sucumbe toda voluntad!
¡La Muerte! ¡Lo que ayer fue nuestro Todo,
hoy sólo es nuestra Nada!... ¡Eternidad!
¡Silencio!... El máximo silencio
que es posible encontrar.
¡Silencio!... ¡Ultra-silencio,
y no más! ¡Oh, no más!
¡Ni una voz en la noche
que nos pueda guiar!
Ana, razón suprema de mi vida,
¿dónde estás, dónde estás, dónde estás?
Se abisma en el abismo el pensamiento,
se enlóbreguece al fin todo mirar
en esta lóbreguez inexorable,
y desespera, a fuerza de esperar,
la más potente de las esperanzas,
¡Eternidad, eternidad!

Octubre de 1912.

IV

EL ENCUENTRO

¿Por qué permaneciste siempre sorda a mi grito?
¡Dios sabe cuántas veces, con amor infinito,

te busqué en las tinieblas, sin poderte encontrar!
...Hoy —¡por fin!— te recobro: todo, pues, era cierto...
¡Hay un alma! ¡Qué dicha! No es que sueñe despierto...
¡Te recobro! ¡Me miras y te vuelvo a mirar!

—Me recobras, amigo, porque ya eres un muerto:
de fantasma a fantasma nos podemos amar.

Octubre 29 de 1912.

V

IMPACIENCIA

Soy un viajero que tiene prisa
de partir.
Soy un alma impaciente e insumisa,
que se quiere ir.
Soy un ala que trémula verbero...
¿Cuándo vas, oh Destino, a quitar
de mi pie tu grillete de acero,
y —¡por fin!— a dejarme volar?

Octubre 31 de 1912.

VI

DILEMA

O no hay alma, y mi muerta ya no existe
(conforme al duro y cruel «polvo serás»),
...o no puede venir y está muy triste;
pero olvidarse de mi amor, ¡jamás!

Si de lo que ella fue sólo viviese
un átomo consciente, tras la fría
transmutación de los sepulcros, ¡ese
átomo de conciencia me amaría!

Noviembre 1º de 1912.

VII

7 DE NOVIEMBRE (1912)

La noche en que estaba tendida —hoy hace diez meses— era la noche última que iba a pasar en su casa, bajo nuestro techo acogedor. ¡En su casa, donde siempre había sido el alma y la luz y todo! ¡En su casa, donde la adorábamos con la más vieja, noble y merecida ternura; donde cuanto la rodeaba era suyo, afectuosamente suyo!

...¡Y habría que echarla fuera al día siguiente! Fuera, como a una intrusa... Fuera en pleno invierno, entre el trágico sollozar de los cierzos. Y habría que alejarla de nosotros como a una cosa impura, nefanda; ¡que esconderla en un cajón enlutado y hermético!, y llevarla lejos, por el campo llovido, por los barrizales infectos, para meterla en un agujero sucio y glacial. ¡A ella, que había disfrutado por más de diez años la blancura tibia de la mitad de mi lecho! ¡A ella, que había tenido mi hombro viril y seguro como almohada de su cabecita luminosa! ¡A ella, que vio mi solicitud tutelar encendida siempre como una lámpara sobre su existencia!

¡Oh, Dios, dime si sabes de una más despiadada angustia, y si no merezco ya que brille para mí tu misericordia!...

VIII

LA SANTIDAD DE LA MUERTE

La santidad de la muerte
llenó de paz tu semblante,
y yo no puedo ya verte
de mi memoria delante
sino en el sosiego inerte
y glacial de aquel instante.

En el ataúd exiguo,
de ceras a la luz fatua,
tenía tu rostro ambiguo
quietud augusta de estatua
en un sarcófago antiguo.

Quietud con yo no sé qué
de dulce y meditativo;
majestad de lo que fue;
reposo definitivo
de quien ya sabe el *porqué*.

Placidez honda, sumisa
a la Ley; y en la gentil
boca breve, una sonrisa
enigmática, sutil,
iluminando indecisa
la tez color de marfil.

A pesar de tanta pena
como desde entonces siento,
aquella visión me llena
de blando recogimiento
y unción... como cuando suena
la esquila de algún convento
en una tarde serena...

Noviembre 15 de 1912.

PENSAMIENTOS AFINES (IX)

La mort, n'arrive qu'une fois et se fait sentir à tous les moments de la vie: il est plus dur de l'apprehender que de la souffrir.

LA BRUYERE.

C'est l'amour qui, a la fin, aura raison...

A. NERVO.

Una muerte pronta es la ventura suprema de la vida.

PLINIO.

Si tuviese fuerza bastante para sostener la pluma, escribiría lo fácil y delicioso que es morir.

WILLIAM HUNTER (Últimas palabras).

La douleur seule entre assez avant dans l'âme pour l'agrandir. Elle y réveille des sentiments qu'on n'avait point encore soupçonnés. Il y a dans l'âme des places très élevées où dort la vitalité et que la douleur seule peut atteindre.

BLANC SAINT-BONNET.

Au fond, rien n'est perdu d'un passé, même effacé; «inconscient» n'équivant pas à «inexistant», mais à «inéfficace»...

J. DESAYMARE. («La Pensée d'Henri Bergson»).

Le passé: Autant que le Présent, bien plus que l'Avenir, il est tout entier dans notre pensée et constamment dans notre main... «Le passé est passé» disons-nous; et cela n'est pas vrai; le passé est toujours présent.

MAETERLINCK.

Rien ru m'est plus, plus ne m'est rien.

(Divisa de VALENTINA DE MILÁN.)

Et pourquoi le monde ne se composerait-il pas de spheres de réalités climates, mais interférentes, si bien que nous ne pourrions, nous, l'apprehender, qu'en usant alternativement des différents symboles et en prenant des altitudes diverses?

ÉMILE BOUTROUX.

I

IMPOTENCIA

Señor, piedad de mí porque no puedo
consolarme... Lo intento, mas en vano.
Me sometí a tu ley porque eras fuerte:
¡El fuerte de los fuertes!... Pero acaso
es mi resignación sólo impotencia
de vencer a la Muerte, cuyo ácido
ósculo corrosivo,
.royendo el corazón que me amó tanto,
royó también mi voluntad de acero...
¡La Muerte era titánica; yo, átomo!
¡Señor, no puedo resignarme, no!
¡Si te digo que ya estoy resignado,
y si murmuro *fiat voluntas tua*,
miento, y mentir a Dios es insensato!
¡Ten piedad de mi absurda rebeldía!
¡Que te venza, Señor, mi viril llanto!
¡Qué conculque tu ley tu piedad misma!...
Y revive a mi muerta como a Lázaro,
o vuélveme fantasma como a ella,
para entrar por las puertas del Arcano
y buscar en el mundo de las sombras
el deleite invisible de sus brazos.

Noviembre 16 de 1912.

II

BENDITA...

Bendita seas, porque me hiciste
amar la muerte, que antes temía.
Desde que de mi lado te fuiste,
amo la muerte cuando estoy triste;
si estoy alegre, más todavía.

En otro tiempo, su hoz glacial
me dio terrores; hoy, es amiga.
¡Y la presiento tan maternal!...
Tú realizaste prodigio tal.
¡Dios te bendiga! ¡Dios te bendiga!

Noviembre 19 de 1912.

III

AL ENCONTRAR UNOS FRASCOS DE ESENCIA

¡Hasta sus perfumes duran más que ella!
Ved aquí los frascos, que apenas usó,
y que reconstruyen para mí la huella
sutil que en la casa dejó...

Herméticamente encerrada
la esencia en sus pomos, no se escapará.
...Mientras que el espíritu de mi bien amada,
más imponderable, más tenue quizá,
voló de sus labios, redoma encantada,
¡y en dónde estará!

Diciembre 1º de 1912.

IV

SEÑUELO

La muerte nada quiere con los tristes.
Subrepticia y astuta,
aguarda a que riamos

para abrirnos la tumba
y, con su dedo trágico, de pronto
señalarnos la húmeda
oquedad, y empujarnos brutalmente
hacia su infecta hondura.

Mas yo tengo tal gana de que venga,
que voy a ser infeliz para que acuda,
para que sea mi reír señoelo,
y ella caiga en la trampa de venturas
ruidosas, que en el fondo son tristezas...

¿La engañaré? ¡Quizá, si tú me ayudas
desde la eternidad, oh inmarcesible
amada, oh novia única,
cuyos besos de sombra
ha de reconquistar, pese a la Enjuta
que te mató a mansalva hace once meses,
dejando a un infeliz por siempre a obscuras!

Diciembre 7 de 1912.

V

YO NO DEBO IRME...

Yo no debo irme; tengo que esperar
hasta que la muerte me venga a llamar.
¡Tengo de esperar!

¡Cuánto tarda, cuánto!
...Pero el tiempo corre
y a veces escucho, cerca de mi torre,
entre las tinieblas, cauteloso andar.
...Mucho tarda, pero tiene de llegar.

Rejas insidiosas, rejas que vedáis
para mí la vida, que cuadriculáis
para mí los aires; impasibles rejas,
duras a mis dedos, sordas, a mis quejas;
habrán de limaros mis firmes anhelos,
y quizá una noche me abriréis los cielos.

Mucho, tal vez mucho, tengo de esperar,
pero al fin la muerte me vendrá a llamar.

Diciembre 10 de 1912.

VI

RESURRECCIÓN

Yo soy tan poca cosa, que ni un dolor merezco... Mas tú, Padre, me hiciste merced de un gran dolor, Ha un año que lo sufro, y un año ya que crezco por él en estatura espiritual, Señor. ¡Oh, Dios, no me lo quites! Él es la sola puerta de luz que yo vislumbro para llegar a Ti. Él es la sola vida que vive ya mi muerta: mi llanto, diariamente, la resucita en mí.

Diciembre 26 de 1912.

VII

¡REYES!

¡Oh, Reyes!, me trajisteis hace un año un presente excepcional: un gran dolor. Fuisteis conmigo pródigos, cual monarcas de Oriente, Baltasar, Gaspar y Melchor.

Durante las tristísimas horas de vuestra noche, terribles horas de expiación, mi solo bien, mi frágil azucena, su broche plegaba ya sin remisión.

Todo fue inútil: llanto, plegarias. Y al siguiente día, vi agotarse mi flor. Fuisteis conmigo pródigos, monarcas del Oriente; vuestros tres dromedarios trajéronme el presente más grande, ¡oh, Baltasar!, ¡oh, Gaspar!, ¡oh, Melchor!

Enero 6 de 1913.

VIII

HASTA MURIÉNDOTE

Hasta muriéndote me hiciste bien, porque la pena de aquel edén incomparable que se perdió, trocando en ruego mi vieja rima, llevó mis ímpetus hacia la cima, pulió mi espíritu como una lima y como acero mi fe templó.

Hoy, muy dolido, mas ya sereno,
por ti quisiera ser siempre bueno;
de los que sufren tengo piedad;
en mi alma huérfana sólo Dios priva,
nada mi vuelo mental cautiva,
y es mi esperanza cual siempre viva
que se abre a un beso de eternidad.

Enero 13 de 1913.

IX

¡QUÉ IMPORTA!

¡Qué importa que no sepas cómo te sigo amando
más allá del sepulcro, si lo sé yo con creces!
¡Qué importa que no escuches cómo estoy sollozando,
si escucho mi sollozo yo, que soy tú dos veces!

Febrero 5 de 1913

PENSAMIENTOS AFINES

*Notre vie est comme un enfant revêche qu'il faut amuser sans cesse,
si l'on veut qu'il reste tranquille, jusqu'au moment ou il s'endort; et
c'est la fin de nos soucis.*

FREDERIC LOCKER LAMPSON.

*...Todos los seres proceden del mismo espíritu, que tiene diversos
nombres: justicia, amor o sabiduría, en sus diversas
manifestaciones, como el océano recibe otros nombres cuando baña
otras riberas.*

EMERSON.

*La grandeur de l'homme se mesure à celle des mystères qu'il
cultive.*

MAETERLINCK.

Puesto que hemos tenido el privilegio de existir, hemos tenido el privilegio de entrar de lleno en el misterio del universo, y somos forzosamente una porción —por pequeña que sea— de ese misterio.

A. N.

Il soit (le mystique) que l'univers entier, aussi bien que lui même, est en sécurité entre les mains paternelles de son Dieu...

WILLIAM JAMES.

Où est Dieu, les ruines et les naufrages ne son jamais définitifs...

LOID.

There is no room for death.

EMILY BRONTË.

Et les baisers de moins et les rides de plus!

VICTOR HUGO.

I

BIENAVENTURADOS (X)

¡Bienaventurados,
bienaventurados,
los dignificados
por la dignidad glacial de la muerte;
los invulnerables ya para los hados,
una y misma cosa ya con el Dios fuerte!
¡Bienaventurados!
¡Bienaventurados!
el muro ilusorio de espacio y guarismos;
los que a lo absoluto ya por fin volvieron;
los que ya midieron todos los abismos.
Bienaventurada, dulce muerta mía,
a quien he rezado como letanía
de fe, poesía
y amor, estas páginas... que nunca leerás.
Por quien he vertido, de noche y de día,
todas estas lágrimas... que no secarás.

Marzo 15 de 1913.

II

QUEDAMENTE...

Me la trajo quedo, muy quedo, el Destino,
y un día, en silencio, me la arrebató;
llegó sonriendo; se fue sonriente;
quedamente vino,
vivió quedamente;
queda... quedamente desapareció...

Abril de 1913.

III

EL QUE MÁS AMA...

Si no te supe yo comprender,
si alguna lágrima te hice verter,
bien sé que al cabo perdonarás
con toda tu alma... ¡Qué va a hacer!
¡El que más ama perdona más!

Abril 26 de 1913.

IV

¡SI PUDIERA SER HOY!...

Como verte es el único ideal que persigo,
sin vivir en mí estoy,
y muriendo del ansia de reunirme contigo,
cada día me digo:
«¡Si pudiera ser hoy!»

Abril 28 de 1913.

V

PERDÓN

Perdóname, Ideal, para que pueda
irme en paz al venir mi última hora...
Es tan dulce el perdón: ¡prerrogativa

de los Dioses! Perdóname, Inmortal:
«El que todo lo sabe lo perdona
todo», y hoy, Ideal, todo lo sabes
con la sabiduría de la muerte.

Que tu perdón en mi alma se derrame
como un rayo de luna en el silencio
de una mística noche...
Que caiga como pétalos de lirio
sobre el hondo cansancio de mi vida.
Perdóname, Ideal, para que pueda
morir en paz.

Junio 4 de 1913.

PENSAMIENTOS AFINES (XI)

*O mon Dieu, je reviens d'un long voyage amer
où j'ai laissé mon coeur, et d'où je ne rapporte
que stériles regrets d'avoir tenté la mer.
Mon ivresse est tombée et ma superbe est morte;
l'universel ennui creuse son nid en moi;
le jour quand il renaît, m'inspire de l'effroi;
la nuit roule sur moi, pleine d'horreur glacée;
je marche comme en rêve et sans savoir pour quoi.*

LOUIS LE CARDONNEL.

Nous sommes des êtres invisibles.

MAETERLINCK.

*Une parole mystique peut seule par moments représenter un être
humain.*

MAETERLINCK.

PEPIN.—*Quel est le sommeil de ceux qui sont éveillés?*

ALCUIN.—*L'Espérance.*

(Disputatio. Documento del tiempo de Carlo Magno.)

La muerte es una ley: no es un castigo.

I

LA APARICIÓN

Cristo dijo que allí donde nos reuniésemos en su nombre estaría Él en medio de nosotros. No es, pues, extraño que aquella noche misteriosa en que hablábamos de Él con unción cordial, de su inmensa alma diáfana, de su ternura grande como el universo, de su espíritu de sacrificio incomparable, del sabor místico de su caridad, que nos penetra y nos envuelve, Él se presentara de pronto, suavemente, en el corro.

Lejos de sorprendernos, su aparición divina nos pareció natural. Quizá no se trataba propiamente de una aparición; más bien la sentíamos dentro de nosotros; pero la realidad de su presencia era absoluta, imponente, superior a toda convicción.

En vez de turbarnos, experimentamos todos un bienestar infinito.

Cristo nos bendijo y, sonriéndonos, con aquella indecible sonrisa, nos preguntó;

—¿Qué deseáis que os dé antes de volver al Padre?

—Señor —dijo Rafael—, deseo que me perdones mis pecados.

—Perdonados están —respondió Jesús siempre sonriendo.

—Yo, Señor —dijo Gabriel—, ansío estar contigo...

—Pronto estarás —replicó Cristo amorosamente—. Y tú —me preguntó— ¿qué quieres, hijo?

Iba a decirle algo de mi muerte; pero no sé por qué, al ver la expresión divina de su rostro, comprendí que no era preciso decirle nada; que los muertos estaban en paz en su seno, junto a su corazón, y que todas las cosas que sucedían eran paternalmente dispuestas o reparadas.

Cristo me miró con ternura (¡qué mirada de éxtasis!); pasó su mano traslúcida por mis cabellos...

Después se alejó sonriendo como había venido.

II

TANATÓFILA

¡Oh, Muerte, en otros días, que recordar no puedo sin emoción profunda, te tenía yo miedo!...

En medio de la noche, incapaz de dormir, clamaba congojado: «Yo tengo que morir..»

¡Yo tengo que morir irremisiblemente!»

Y sudores glaciales empapaban mi frente.

¿A quién tender la mano ni de quién esperar?

Estaba solo, solo, de la vida en el mar...

Tenía un formidable aislador: la pobreza,
y ningún seno d'hembra brindaba a mi cabeza,
febril una almohada.

Estaba solo, solo; ¿de quién esperar nada?

*

Mas pasaron los años, y un día, una chiquilla
bondadosa me quiso. ¡Era noble, sencilla;
la fortuna la había tratado con rigor:
nos unimos... y, juntos, nos hallamos mejor!

Entonces, si la muerte volvía, con su quedo
andar, yo le tenía ya mucho menos miedo.
Buscaba, despertando, la diestra tan leal
de mi amiga, y con ímpetu resuelto, fraternal,
la estrechaba, pensando: «¡Con ella nada temo!»
Con tal de marchar juntos, ¿qué importan tu supremo
horror y tus supremos abismos, oh callada
Eternidad?... Con ella no temo nada, nada.

¿El infierno? —¡El infierno será donde ella falte!

¿Y el cielo? —Pues donde ella se encuentre...

Que me exalte

o me deprima tanto como quiera mi estrella...

¿Qué importa, si desciendo y asciendo yo con ella?

¿Qué más me dan las hondas negruras del Arcano,
si voy por los abismos cogido de su mano?

*

¡Pero tanta ventura enojó no sé a quién
en las tinieblas, y una hoz me segó mi bien!
Una garra de sombra, solapando su dolo,
me la mató... ¡y entonces me volví a quedar solo!
Solo, pero con una soledad más terrible
que antes.

Sollozando, buscaba a la Invisible
y pedía piedad a lo desconocido;
abriendo bien los ojos y aguzando el oído,
en un mutismo trágico, pretendía escuchar
siquiera una palabra que me hiciese esperar...

Mas no plugo a la Esfinge responder a mi grito,
y ante el inexorable callar del Infinito
(tal vez indiferente, tal vez hosco y fatal),
escondí en lo más hondo del corazón mi mal,
y apático y ayuno de deseo y de amor,
entré resueltamente dentro de mi Dolor
como dentro de una gran torre silenciosa...

Mis pobres rimas fieles me decían: «Reposa,
y luego, con nosotras, canta el mal que sufriste;

ven, duerme en nuestro dulce regazo, no estés triste.
¡Aun hay muchas cosas que cantar..., cobra fe!»

Y yo les respondía: «¡Para qué! ¡para qué!»
...Mas ellas insistían; en mi redor volaban,
y como eran las únicas que no me abandonaban,
acabé por oírlas...

Un libro, gota a gota,
se rezumó, con lágrimas y sangre, de la rota
entraña; un haz de rimas brotó para el Lucero
inaccesible, un libro de tal suerte sincero,
tan íntimo, tan hondo, que si desde su fría
quietud ella lo viese... me lo agradecería.

Después de haberlo escrito, quedé más resignado,
como si en su fiel ánfora hubiese yo vaciado
todo lo cespado y turbio de mi dolor presente,
el caudal cristalino, diáfano, de mi pena,
profundo cual la noche, cual la noche serena.

Y aquel fantasma negro que miraba temblando
yo antes, blandamente se fue transfigurando...
En la pálida faz del espectro, indecisa
como un albor naciente, brotaba una sonrisa;
brotaba una sonrisa tan cordial, de tal suerte
hospitalaria, que me pareció la Muerte
más madre que las madres; su boca, ayer horrible,
más que todas las bocas d'hembras apetecible;
sus brazos, más seguros que todos los regazos...
¡Y acabé por echarme, como un niño, en sus brazos!

Hoy, ella es la divina barquera en quien me fío;
con ella, nada temo; con ella, nada ansío.
En su gran barca d'ébano, llena de majestad,
me embarcaré tranquilo para la Eternidad.

Junio de 1913.

III

RESTITUCIÓN

¿Encontrará la ciencia las almas de los muertos
un día, y a la angustia y el llano que los van
buscando, del Enigma por los limbos inciertos,
responderá la boca del abismo: «Aquí están?»

¿Descubriremos ondas etéreas que transmitan
a los desaparecidos la voz de nuestro amor,

y habrá para lo que ellos decimos necesitan
algún maravilloso y oculto receptor?
¡Oh, milagro, tu sola perspectiva nos pasma!
Pero ¿qué hay imposible para la voluntad
del hombre, que a su antojo tenaz todo lo plasma?
¡Ante el imperativo del genio, mi fantasma
tendrás que devolverme por fuerza, Eternidad!

Enero 9 de 1914.

IV

BUSCANDO...

Entre el dudoso cortejo
de sombras, peregrinando
voy, una sombra buscando...

En el místico reflejo
de la noche constelada,
quiero hallar una mirada.

Asir anhela mi oído
una voz que se ha extinguido
entre los ecos lejanos.
Al pasar por un jardín,
finge el roce de un jazmín
la caricia de sus manos.

¡Oh sombra, mirada, voz,
manos!; el vórtice atroz
de la eternidad callada
os sorbió. ¡Triste de mí,
que no tengo nada, nada;
que ya todo lo perdí!

Enero 18 de 1914.

V

INDESTRUCTIBLE

Bien ves, si me estás mirando,
que desde que te perdí.
mi vida se va pasando
en ti:

qué incólume, sin desgaste,
¡oh Ideal!, has de vivir
en el alma en que anidaste,
y que lo que edificaste
ni Dios lo querrá destruir.

Febrero 2 de 1914.

VI

LA BELLA DEL BOSQUE DURMIENTE

Tu amada muerta es como una princesa que duerme.
Su alma, en un total olvido de sí misma, flota en la
noche.

Mas, si tú persistes en quererla, un día esta persistencia
de tu amor la recordará.

Su espíritu tornará a la conciencia de su ser, y sentirás en lo íntimo de tu cerebro el
suave latido de su despertar y el influjo inconfundible de su vieja ternura que vuelve...

Comprenderás entonces, merced a estos signos misteriosos, que una vez más el amor
ha vencido a la muerte.

Febrero 9 de 1914.

VII

«E DOV'É ELLA? SUBITO DISS'IO»

DANTE: *Paraíso*.

Si tras el negro muro de granito
de la muerte hay un mundo, un más allá,
al cruzar el dintel del infinito
mi pregunta primer, mi primer grito,
ha de ser: «Y ella, y ella, ¿dónde está?»

Y una vez que te encuentre, penetrado
de una inmensa y sublime gratitud
para quien quiso fuera de ti amado
y me permite haberte recobrado,
¡a qué pedir más beatitud!

Enero 10 de 1915.

VIII

LOS MUERTOS

El paraíso existe;
pero no es un lugar (cual la creencia
común pretende) tras el hosco y triste
bregar del mundo; el paraíso existe
pero es sólo un estado de conciencia.

Los muertos no se van a parte alguna,
no emprenden al azul remotos viajes,
ni anidan en los cándidos celajes,
ni tiemblan en los rayos de la luna...

Son voluntades lúcidas, atentos
y alados pensamientos
que flotan en redor, como diluidos
en la sombra; son límpidos intentos
de servirnos en todos los momentos;
son amores custodios, escondidos.

Son númenes propicios que se escudan
en el arcano, mas que no se mudan
para nosotros, que obran en las cosas
por nuestro bien; son fuerzas misteriosas,
que, si las invocamos, nos ayudan.

¡Feliz quien a su lado
tiene el alma de un muerto idolatrado,
y en las angustias del camino siente,
sutil, mansa, impalpable, la delicia
de su santa caricia,
como un soplo de paz sobre la frente!

Enero 18 de 1915.

IX

SÓLO TÚ...

Cuando lloro con todos los que lloran,
cuando ayudo a los tristes con su cruz,
cuando parto mi pan con los que imploran,
eres tú quien me inspira, sólo tú.

Cuando marchó sin brújula ni tino,
perdiendo de mis alas el albor

en tantos barrizales del camino,
soy yo el culpable, solamente yo.

Cuando miro al que sufre como hermano;
cuando elevo mi espíritu al azul,
cuando me acuerdo de que soy cristiano,
eres tú quien me inspira, sólo tú.

Pobres a quienes haya socorrido,
almas oscuras a las que di luz:
¡no me lo agradezcáis, que yo no he sido!
Fuiste tú, muerta mía, fuiste tú...

Abril de 1915.

X

«BENEDICTA»

No sé a dónde llevóse la marea
de la muerte tu ser, pero yo exclamo
con el inmanso amor con que te amo:
«¡Dondequiera que esté, bendita sea!»

Octubre de 1917.

XI

NO LO SÉ

—Crepitan ya las velas en la ría;
tú ¿por qué no te embarcas, alma mía?
—Porque Dios no lo quiere todavía,
—Mira: piadosamente las estrellas
nos envían sus trémulas centellas...
—¡Bien quisiera vestirme toda de ellas!
—Tu amiga, la más tierna, ya se fue.
Los que te aman se van tras ella; ¿qué
vas a hacer tú tan sola?
—No lo sé.

Enero 28 de 1918.

XII

EL CELAJE

¿Adónde fuiste, Amor, adónde fuiste?
Se extinguió del poniente el manso fuego
y tú, que me decías «hasta luego;
volveré por la noche»... ¡no volviste!
¿En qué zarzas tu pie divino heriste?
¿Qué muro cruel te ensordeció a mi ruego?
¿Qué nieve supo congelar tu apego
y a tu memoria hurtar mi imagen triste?
...Amor, ¡ya no vendrás! En vano, ansioso
de mi balcón atalayando vivo
el campo verde y el confín brumoso;
y me finge un celaje fugitivo
nave de luz en que, al final reposo,
va tu dulce fantasma pensativo.

Septiembre 4 de 1915.